

-Dijiste algo a tu madre?

-¡No!

-Entonces puedo salir esta noche...

-Salir?

-O lo que tú ~~digas~~ digas... ¿Qué te parece mejor?

-No sé. Yo no quiero que te vayas.

-Y si me detienen?

-Pero tú no estás metido en nada, ¿verdad?

-No, pero mientras se averigüe todo?

-Sí... Pero a dónde te irías esta noche.

-No sé...

-No, déjame, no... Otra vez no...

-Bueno, entonces vienes esta noche.

-Bueno.

-¿A qué hora vas a venir?

-Cuando pueda... Depende; si el padre ~~está~~ llega a casa y no se acuesta...

-Está muy cansado.

-Sí... Pobrecito... Déjame, que me estoy vistiendo...

-Entonces, ¿a qué hora vienes?

-En cuanto pueda. ¿A qué hora cierras el taller hoy?

-Yo hablaré con Antonio; él se puede ir a las seis y media, como siempre; cierra la puerta por fuera y deja caer la llave dentro.

¿Y yo te espero aquí...

-Me esperas... Esperas hasta que llegue.

-Claro. A dónde voy a ir?

-Es que dijiste que ibas a irte esta noche.

-Era un decir... Acaso me vaya. Eso lo decidimos los dos juntos esta noche... Isabelita...

-Qué?

-Si te pido que vengas conmigo?

-!Yo!

-Claro, ¿y por qué no?

-¿A dónde?

-No sé, a cualquier parte...

-No, ~~no puedo ir a ninguna parte~~ no puede ser...

-¿Por qué no?

-Bueno, no sé... No estamos casados.

-Nos casamos.

-Sí?

-Claro...

-¿Dónde?

-Donde quieras...

-Y viviremos, ¿dónde?

-Donde tú quieras.

-¿Y mis padres?

-Bueno, no puedes vivir siempre con tus padres.

-No. Pero no me puedo ir así de la casa, como una loca...

-¿Y qué?

-¿Qué?... ¿Hablas en serio, Ramón?

-Claro.

-No te creo... Bueno, hablamos después. Yo vengo a verte.

-¿Cuándo?

-En cuanto pueda... Te traeré algo de comer.

-Ven tú, que me basta...

-No, Ramón, no; déjame...

-Cuidado, pon los pies sobre el banco, que te vas a caer... Adios,

Isabelita... No dejes de venir.

-Tú estate quieto ahí...

-Antoniño.

-¿Qué?

-Ya se fue?

-Sí...

-¿Qué hay por ahí?

-Nada.

-¿Nada?

-No.

-Pepe!

-~~¿~~ Sí...

-¿Qué pasa?

-Nada.

-No se mueven?

-No. Se sentaron los dos ahí, en el camino...

-¿Y los otros dos?

-No los he vuelto a ver.

-¿No?

-No.

-Me gustaría ver qué hacen...

-¿Cómo?

-¿Cómo?... Bajando un poco.

-¿Bajando?

-Claro. A mí no me gusta que me cerquen; y si me cercan, me gusta saber lo que pasa ~~abajo~~ alrededor... ¿A tí no te pasa eso?

-Claro; a mí también me gustaría ver qué hacen.

-¿I rías ahí abajo?

-No sé. Prefiero no.

-Puedes ir bajando por aquellas zarzas, hasta cuando comienzan los pinos, y te quedas detrás de aquel montón de hierba seca que hay allá,... ¿lo ves?

-Sí.

-Yo me quedaría aquí; yo te cubro.

-Es una orden?

-Crees que yo te puedo dar una orden?

-Claro.

-Y respetarías cualquier orden que diese?

-Sí. Ahora estoy con su grupo, ¿no?

-Bueno; voy a pensarlo más; espera; sigue vigilando; si hay algo, avisa... eh.

-Claro.

-Pero no hables alto...

-No.

-Espérame, ya vengo.

-Bueno.

-... Ernesto...

-¿Qué hay?

-Quiero consultar contigo.

-Dime.

-Esa gente abajo no se mueve.

-Ya lo veo.

-Y me intriga esta espera.

-A mí también.

-¿Te parece si avanza uno de nosotros lo bastante como para ver lo que están haciendo?

-!Eso es muy peligroso!

-?Por qué?

-Tú ya sabes, y no sé por qué me lo preguntas... Porque todo ese pedazo está al descubierto; si vienen ellos, el riesgo es de ellos; si nos adelantamos nosotros, es nuestro.

-Claro.

-Si no hubiese sido así, tú lo habrías hecho ya...

-Claro.

-?Y por qué me lo preguntas?

-Quería saber si estabas conforme conmigo.

-Claro.

-Y estoy pensando otra cosa. ?Qué tal si mandamos a Pepe a ver lo que hacen ahí abajo?

-!No!

-?Por qué?

-!Por que se va, camarada, se va!...

-?Desertaría?

-Claro.!No lo dudes un momento!

-Antes que eso le pego un tiro desde aquí.

-Entonces, ?tú crees que si le digo que se vaya hasta el pinar, para observar lo que hacen los guardias, se va?

-Sin duda!

-?Seguro?

-Claro...?No ves que si va libre de nuestras balas hasta el pinar, ya lo perdemos de vista y se puede unir a los guardias?

-?Y si Pepe no quiere ir?

-?Que no?; Ese soplón se va!

-O no se va.

-Se va, hombre!

-¿Quieres que haga la prueba?

-Muy bien. Pero con una condición.

-Cuál?

-Que si acepta, y se va, yo le pego un tiro cuando arranca para allá.

-Conforme.

-Sí?

-Claro. Pero yo te pongo otra condición.

-~~Por~~Cuál?

-Que si ;el no quiere ir, te vas tú a la avnzada, hasta el pinar.

-Bueno.

-¿Conforme?

-Conforme.

-Ya voy a hablar con Pepe...

-Ah, pero espera; yo quiero saber cómo se lo planteas a ese portugués; acaso es la forma de deshacerte de mí...

-¿De tí?

-Sí; ya sé que me tienes ganas.

Por qué?

-Porque sí,

-Esa no es una razón.

-Las razones me las sé yo; y me las guardo.

-Está bien. ¿Quieres venir?

-Sí.

-Vamos... <sup>Sube</sup> al árbol conmigo?

-Sí.

-Pepe...

-¿Qué?

-Venimos a hablar contigo... Aquí está Ernesto, quiere proponerte algo.

-¿Yo?

-Sí, díselo tú mismo.

-Bueno, estamos pensando Jesús y yo que sería bueno averiguar qué hacen esos guardias ahí abajo; para eso alguien tendría que llegar hasta aquel pinar; de allí se ve todo el flanco por donde se puede subir a la cueva... ¿entendido?

-Sí.

-Ahora bien; nos gustaría que fueses tú; nosotros te cubrimos desde aquí, no hay peligro...

-Bueno, ¿tengo que hacerlo?

-No, si no estás dispuesto, no... Prestarías al grupo un buen servicio, eso sí...

-¿Qué dice usted, Jesús?

-No, eso lo decides tú...

-Sería un buen servicio; Jesús está conforme conmigo en eso; ahora, si tienes miedo, si te parece demasiado arriesgado...

-Sí.

-¿Tienes miedo?

-Confieso que sí; prefiero quedarme; si no me ordenan que vaya, no voy...

-¿Estás conforme?

-Sí.

entonces Ernesto va hasta el pinar;  
-Entonces, vámonos... Pepe, tú cubres a Ernesto desde aquí; ¿entendido?!

los demás lo cubriremos desde nuestros puestos...

-Bueno.

-¿Estás conforme?

-Conforme ¿en qué?



-En que ese hombre nos es leal...

-No.

-Lo acabas de probar.

-Eso no prueba que no sea desleal; eso no prueba más que es un  
miedoso...

-No estoy conforme.

-Ni, nea lo estuviste.

-?Por qué dices eso?

pEso es cosa mía.

-Vas a ir hasta el pinar?

pTengo que ir, ?no?

-Si no quieres, no.

-Ese fue el trato.

-Yo quería que probases tú mismo a Pepe; lo demás me importa menos.

-Pero hay que ir allá abajo.

-Allá abajo, si quieres, voy yo.

-Quieres decir que yo le tengo miedo a esa avanzada?

-Yo no digo nada. Si tú no vas, voy yo.

-!Voy yo!

-Vete.

-Ustedes me cubren?....

-Claro.

-Antes quiero hablar con Nicolás, y con Agustín.

-Vete.

-Ya vuelvo.

-Te espero.

-Pepe...

-Sí.

-¿Nada?

-Nada.

¿No se han movido?

-No.

-Va a salir Ernesto; vigílalos bien; no dispares si ellos no lo hacen; y aunque disparen ellos, si no los ves, no hagas nada. Espera que se pongan a tiro, que los puedas ver... ¿Entendido?

-Sí...

-Ya está.

-¿Hablaste a los dos?

-Sí.

-¿Vas a salir?

-Claro.

-Creo que debes seguir la cuneta hasta el hueco; luego...

-¡Yo sé por dónde voy!

-Escúchame!... Yo te digo lo que pienso; luego, tú haces lo que te da la gana...

-Bueno, habla...

-Hasta el hueco, por la cuneta; tienes un buen abrigo; luego, tienes esos cuarenta o cincuenta metros que tienes ir a descubierto; tienes dos caminos, o ir corriendo, con lo que ~~te puedes~~ puedes evitar que te apunten, o ir despacio, con lo que puedes correr con la suerte que no te vean...

-¿No me van a ver?

-Acaso no. Acaso están entretenidos en otra cosa, o están pendientes de la cueva; y si no haces ruido, si no corres, puedes llegar al corte aquel sin que se den cuenta... Eso lo haces a tu gusto...

-Claro... Yo sé qué hacer.

-sí te creo...

-Bueno, esa historia es larga; pero cuando me salí del Partido y me puse a hacer cosas por mi cuenta...

-¿Qué cosas?

-Resistencia, eso, algunos asaltos...

-¿Asaltos?

-Sí, ahí lo tienen anotado todo... Pero quiero que me juzgue usted; no ellos, que son iguales, sino usted. ¿Estamos?

-Bueno... El que te va a juzgar dentro de unas horas es Dios, hijo mío; piensa en eso, ahora que me estás haciendo estas confidencias...

-Ah, creía que me iba a decir confesión... ¡No, no!... Yo confío en usted. ¿Estamos?

-Sí...

-Pues cuando me puse a hacer cosas por mi cuenta, me declararon la guerra...

-La guerra?

-Sí, comenzaron a perseguirme. Y ellos robaron, asaltaron, y me echaron la culpa; como sabían que yo andaba por aquí, pues yo era un buen saco para meter todo eso que no sabían de quién era...

-¿Y todo eso te lo achacaron a tí?

-Claro

-Y tú les dijistes todo eso?

-A quié<sup>n</sup>, a éstos?

-Sí.

-Sí, pero no lo creen... No, no, olvídense de eso... Y ~~ka~~ yo les pegué mi palo. Y caí en lo peor: maté a mi propio hermano.

-A tu hermano!

-A mi propio hermano... Yo le dije antes que tenía un hermano que estaba tísico... Bueno, pues ese hermano se fue curando; cuando se

-Pues si sabes qué hacer, vete!...

-Bueno.

-Pero piénsalo bien antes de comenzar a correr; después del corte, ahí hay una ~~higuerona~~ hierba bastante alta, y te conviene avanzar vientre en tierra... Tienes el fusil, y las munjciones?... ?Cuánta ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ munición llevas?

-Bastante, no te preocupes...

-Suerte...

-Bueno,...

-Pepe...

-Qué?

-No ~~te~~ pierdas de vista a los ~~guardias~~ guardas.

-No se ven.

-Por si se mueven...

-Claro.

-Agustín, Nicolás... Atentos, que ya va a salir...

-?Qué te dijo a ti antes de irse, ~~Nicolás~~ Nicolás?

-Tengo que decirlo?

-Sí, quiero saberlo.

-Que vigile a Pepe; que si dispara contra él...

-?Contra Ernesto?

-Sí... ~~que~~ <sup>que</sup> si dispara contra él, que lo mate.

-?Tú crees que el portugués puede hacer eso?

-Creo que no... ~~Allá va~~ <sup>va</sup> Jesús, allá Ernesto... va bien; no creo que lo vean desde allá abajo...

-No.

-Ya está en el hueco.

-Sí. Ahora viene lo peor.

-Tendrá que correr...

-¿Tú qué harías?

-Yo correría. Son cuarenta metros, es un soplo...

-Pero te delatas; si te ven correr estás descubierto.

-Sí, pero no lo alcanzan... ¿Qué harías tú, Jesús?

-¿Yo?... Yo me iría despacito, barriga en tierra...

-¿Y si te ven?... ~~Six~~

-Si me ven, entonces corro...

-Pero si es tarde?

~~¿Qué va~~

-No es tarde; aún puedo correr... ¿Y si no me ven?

-Ah, si no te ven, vas bien.

-Y puedo regresar por donde fui...

-Conforme. Pero primero es ir.

-Claro... Ya va, vamos a ver qué hace... ¡Ya empezó a correr!... ¡Ese hombre es tonto!...

-Ya le dispararon...

-Ya lo descubrieron.

-Pero llegó.

¡Llegó, y qué hace ahora. Ahora lo pueden agarrar ahí, en el pinar.

-Pueden subir por la carretera...

-Claro.

¡Pero todavía no está en el pinar; podría regresar.

-¿A qué?

-Antes de que lo asen por aquel lado.

-Pero fracasó la misión...

-Claro... Aquí viene de vuelta!

-Se asustó!

-¡Le dieron!... ¡Le dieron!... No se mueve...

-¿<sup>u</sup>ue hacemos?

-Nada. No podemos disparar. Desde aquí no vemos a ~~nadie~~ los guardas. Ellos saben lo que hacen. Voy a ver a Pepe; ~~xxxxxxx~~ a ver si vio él a alguien...

-Pepe... Viste a los guardas?

-No.

-Creo que tienen gente apostada ~~xxxxxxx~~ abajo de la loma, g uardando el paso hacia el pinar.

-¿<sup>u</sup>uántos?

-No sé. Es que no veo a nadie.

-¿Ves a Ernesto?

-Sí.

-Se mueve?

-No.

-¿Lo matarían?

-Creo que sí.

-Bueno, uno menos... somos uno menos... Agustín?

-¿Qué hayh?

-Creo que Ernesto está muerto.

-¿Qué hacemos?

-No sé...

-Creo que es el portugués...

-¿Pepe?

-Sí.

-¿Qué ha hecho Pepe?

-Creo que él ve más de lo que dice...

-¿Qué va a ver!... ¿Por qué dices eso?

-Es raro que no haya disparado.

-Yo le dije que no disparase hasta ver a alguien. No vale la pena denunciarnos, decirles dónde estamos y cuántos somos, sin que se expongan ellos a recibir un tiro. Eso es lo que están esperando ellos...

-¿Cómo lo sabes?

-Ellos son gente entrenada, y no tienen prisa, ¿entiendes?

-Sí. Pero yo no me fío del portugués...

-Te envenenó Ernesto.

-No, hace tiempo que tengo a ese hombre atravesado; y con este muerto encima, más...

-¿Quién tiene ese muerto encima?

-El portugués...

-No quiero volver a hablar de eso. Y ahora tenemos que cuidarnos más que antes, porque somos menos... Llama a Nicolás... ~~Ahora que estamos~~

~~los tres~~

-¿Ya viene?

-Sí...

-Nicolás, quedamos sólo tres, y Pepe...

-Sí, el portugués...

-Tú crees que nos es desleal.

-No.

-¿No?

-No. El que decía eso era Ernesto. Y tú...

-Y lo sostengo.

-Yo creo que no. No hay por qué echarle la culpa de estas cosas a él.

-Bueno, quiero que veamos las cosas entre los tres. Ramón viene a las nueve... ¡carajo, no tenemos reloj!

-¡Lo tenía Ernesto!

- No importa, sabremos la hora, más o menos...
- Y viene, ¿donde?
- Viene con un coche a las nueve, a la curva, debajo del pinar.
- ¿Cómo bajamos?
- De noche es más fácil.
- También es más fácil ~~xxx~~ para los guardas.
- Tenemos que arriesgarnos. ¿qué hora será ahora?
- Serán las cuatro, más o menos las cuatro...
- Bueno, más o menos. Oscurece a las seis y media...
- Más o menos a las seis y media.
- Nos faltan dos horas y media.
- Para qué?
- Hasta las nueve...
- Sí.
- Entonces...
- ¡Un tiro!... El portugués!
- ¿¿ónde está?
- Cayó del árbol, le dieron...
- ~~Corran~~ ¡Un guarda, allá!
- ¿Dónde?
- Disparen... ¡Ay!... Disparen
- ¡Levante las manos!... ¿No puede?... ¡Ya podrá!... Rodríguez!... Desarmen a aquel, el auq está en el hueco.. ¡Cuántos son aquí!
- No sé.
- No importa, lo sabremos...
- Avila!
- Dígame, mi sargento...
- Revisen la cueva...



-¿Ronco?

-Sí, mi sargento.

-Recojan a ese que cayó del árbol..., ¿Se murió?

-No... Tiene una bala en el hombro, y el golpe.

-¿Puede caminar?

-No, está sin sentido.

-Bueno, llegue hasta el pueblo, ~~de xaxaj~~ pida una ambulancia. ¿Y el otro?

-El que quería llegar al pinar?

-Sí.

-Ya lo traen.

-Muerto?

-Sí.

-Ramón, Ramón...

-Sí... ¿Isabel?

-Sí, abre...

-¿Estás llorando?

-Sí... ¡No abras!... ¡Ramón, no abras!

-¿Qué pasa?

-¡Te van a detener!...

-Cállate, hija, cállate...

-¡No abras, Ramón!

-Ya voy a abrirle, don Felipe, ya va...

-Sí, será mejor; si no has hecho nada no tienes por qué temer... Abre...

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

-Ya va, ya va...

-¡No abras, Ramón, que te va a detener!...

-Bueno, está bien... Aquí estoy...

-Levanta las manos...

-¿Por qué?... No estoy armado...

-¡Ramón, Ramón!...

-Isabel, sepárate de ese hombre; y usted, Ramón levante las manos en alto, ¡levántelas!...

-¡Ay!...!Ramón, lo mataste!.. Mataste a mi padre...

-No podía hacer otra cosa...

-¡Pero mataste a mi padre!... ¡Papá!...

-Quítate de ahí, Isabelita... Que ya viene la gente... Tengo que irme, tengo que irme!...

-Ramón!

-No pude hacer otra cosa... ¿te vienes?... Voy a ponerlo a un lado, ayúdame... Anda, ven, sube al coche...

-¡No!... ¡Eres un canalla!

-Querida... Isabelita... No ves que no había otro remedio?... Yo no fui a hacerle daño; ~~xxx~~ fue él quien vino a buscarme... ¿No te das cuenta?

-¡Pero no tenías por qué matarlo!...

-Pero si no me mata él...

-¡No!

-¿Subes?

-No.

-Piénsalo bien; no me volverás a ver...

-¿A dónde vas?

-No sé... Sube, y lo veremos juntos. ¡Sube!

-Arranca, que ya está llegando la gente... ¿Por qué lo hiciste, Ramón?

-No tuve otro remedio, ¡no tuve otro remedio!...

-¿A dónde vamos ahora?

-¿Qué hora es?

-Son las siete y algo más.

-No tienes reloj?

-No. Por qué?

-Tengo que estar en un sitio a las nueve.

-Todavía hay tiempo. ¿Pero dónde vas a ir ahora?... Te van a ~~xxxxxxx~~  
buscar!

-Ya sé.

-¿Qué vas a hacer, entonces?

-Voy a salir a la ciudad, primero, antes de que den la alarma a los  
puestos de guardia en la carretera... ¿Qué guardias había en el  
pueblo?

-Papá...

-¿Nadie más?

-No; él se vino solo.

-Entonces tardarán más tiempo en reaccionar...

-No corras tanto, Ramón, que nos vamos a estrellar...

-No tengas miedo; hay que ganar tiempo...; después hablaremos más  
tranquitos.

-¿Dónde tienes que estar a las nueve?

-Acabamos de pasar...

-¿Acabamos de pasar?... ¿Por qué no paraste ahora?

-No, tiene que ser a las nueve, ¡a las nueve!... ¿No te lo dije?

-No te enfades, Ramón...

-Bueno, cómo fue lo de tu padre...

-¿Lo de mi padre, qué?

-Que cómo llegó a casa, cómo supo que yo estaba en el garaje, qué  
pasó?...

-El llegó como a las seis...

-?Y qué?

-Ni se bañó ni nada; estaba cansado; y me dijo que quería hablar conmigo...

-?A quién se lo dijo?

-A mi mamá; yo estaba en el cuarto de la costura, y le oí decir a mamá: "¿Dónde está Isabel?"... ~~Ma~~ Mi mamá le dijo que estaba en el cuarto de la costura. El vino y se sentó a mi lado, y me dijo que le dijese lo que sabía de ti...

-Por las buenas...

-Sí; parecía tranquilo; parecía querer hablar conmigo... Me dijo cuándo te había visto la última vez... Le dije que ~~había~~ aquel día en que estuviste hasta tan tarde en casa...

-Ayer...

-?Ayer?... Me parece que hace de eso dos o tres días... No sé por qué...

-?Entonces, qué dijo él?

-El me preguntó si no había estado contigo después, a ver si no te había visto hoy... Y yo le dije que no, que yo no te había visto desde entonces...

-?Lo creyó?

-Al principio parecía que sí; pero después se levantó, y se fue a la cocina, y habló algo con ~~Ma~~ mamá... ¡Ay, pobre mamá... cómo estará ahora... ¡Y qué pensará de mí!!...

-Bueno, y qué hizo el viejo después?

-!No lo llores así!... Papá vino otra vez al costurero y me dijo que no le ocultase más esas cosas, que sabía que había estado hoy contigo, que sabía que estabas en el pueblo...

-¿Cómo lo supo?

-No sé...

-¿Antonio!?

-No, el muchachito no...

-¿Por qué me dices que no?

-No; papá no tuvo tiempo de ir al pueblo, de entrar al pueblo... ¡Ramón, no manejes tan rápido, que nos vamos a matar!...

-Sigue, sigue... Tú no te preocupes, que vamos a llegar a la ciudad...

Sigue...

-Sigue, ¿qué?

-Si tu... padre no pisó el pueblo, eso quiere decir que lo supo antes, antes de llegar al pueblo...

-Seguramente.

-¿Dónde estuvo tu padre?

-Parece que estaban persiguiendo a unos comunistas... ya te dije eso antes...

-¿Y qué?

-Pues los detuvieron...

-¿Los detuvieron?!

-Sí, y mataron a uno, y hay otro que está herido...

-No dijeron quiénes era?...

-No... ¡Pero no corras tanto, Ramón... te lo pido por favor, que nos vamos a matar!...

-Ya está, estamos fuera de peligro...

-Por qué?

-Ya atravesamos los puestos de la frontera... No les dimos tiempo de llamar por teléfono....

-¿Y entonces, qué hiciste tú?

-Yo le dije que no sabía nada...

-Sí?...

-Claro...

-Te quiero mucho, Isabelita...

-Pon esa mano en el volante, Ramón; que nos vamos a estrellar...

-?Y qué más?

-Entonces, papá se levantó y fue a llamar por teléfono...

-?A quién?

-A tu pensión; le oí preguntar, a ver si había llegado Ramón, el mecánico... No sé lo que le dirían, porque papá vino furioso donde mí y me dijo que sabían que había estado en el garaje, y que una de las hijas de la pensión había dicho a su madre que ~~yo había~~ ~~salido del garaje~~ ella me había visto salir del garaje...

-Entonces...

-No tuve más remedio que decirle la verdad, Ramón; y le dije que tú no tenías la culpa de nada, que sólo estabas escondido por precaución... ?no es verdad?...

-Claro.

-Pero ahora, ya veo que ~~el~~ tenía razón, y que tú estás metido en algo, y ... !ahora has matado a papá!

-Anda, Isabelita, no llores...

-?Y qué vamos a hacer ahora?

-Ya vamos a salir de esto; primero hay que llegar a la ciudad; allá tengo amigos; y ya vamos a pensar qué hacer...

-Ay, Ramón, nos van a detener...

-Tú estate tranquila, que de eso me preocupo yo...

-Padre Ignacio...

-Sí don Rosendo.

-Acabo de hablar con el Cabo Alonso...

-Sí...

-Y me ha dicho que su portugués está preso.

-¿Preso?

-Sí. Lo tienen en la ciudad, y está grave...

-¿Grave?... ¿Qué pasó?

-Resistieron a la guardia... ¿los comunistas, sabe?... Y los agarraron... ¿Qué me dice?

-¿Qué quiere usted que le diga?...

-Y mataron a uno...

-¿Los guardias?...

-Claro... Otro, el portugués, está grave... Y hay otro herido también...

Ahora se podrán aclarar las cosas...

-Sí...

-El portugués estaba con los comunistas!

-



-Sí...

-Es que usted me decía que no era comunista, ¿no?

-Creo que no.

-!Usted no cree en nada, padre Ignacio!... No, no me mire así, y no quiero herirle más de lo que está. Pero quiero decirle algo: !que está usted metido en un lío!

-¿Quién se lo dijo, el cabo?

-Sí.

-¿Qué más le dijo?

-Que ~~era~~ entre esos comunistas estaba el Olivéira ese, *el portugués* que protegió usted... *¿Sabe cómo lo llamaban?...*

-No.

-Pepe.

-¿Pepe?

-Sí. Y se hacía pasar por portugués...

-¿Y qué era?

-!Español!... ?!No lo ve, padre Ignacio?!... ?Usted ha oído de algún portugués que se llame Pepe?

-No sé...

-Usted no sabe nada, padre Ignacio.

-¿Y ése es el general aquél?...

-¿Qué general?

-El general comunista que había matado tanta gente...

-No saben aún, están averiguando... !Usted no cree que ~~xx~~ gente de esa calaña ande con los ~~papeles~~ papeles en regla metidos en los bolsillos, para que los identifiquen en cualquier momento!...

-Pues si ése es el mismo hombre que yo ayudé a escapar de aquí, me gustaría verlo.

-Ah, sí!.. Además de comprometerse usted como sacerdote, ahora va a complicar en esto a la Iglesia?!

-No lo visitaré en nombre de la Iglesia; lo iré a ver como sacerdote...

-Pero <sup>esto entenderé que es la Iglesia</sup> las apariencias pueden engañar a la gente.

-Eso es cosa de la gente.

-?Y a quién va a dar usted cuenta...!me dirá que a Dios?!

-Sí.

-!Y el escándalo!

-Yo no le tengo miedo al escándalo.

-!?No?!

-No... Y dígame, padre rector, ?quiénes eran los que estaban con Oliveira?...

-Con Pepe, dirá usted...

-O con Pepe, ?quiénes eran?

-Comunistas conocidos, !con ficha!, !perseguidos! desde hacía mucho tiempo en toda esta zona fronteriza... !bandoleros!

-Con papeles...

-No sé; creo que no había necesidad de papeles para identificar a esos tipos....

-Fueron ellos los que identificaron a Oliveira?

-Sí, según el Cabo, que estuvo allá, el Pepe ese recibió una herida de bala en un hombro, y se cayó de un árbol...

-?Se cayó de un árbol?

-Sí, parece que estaba disparando desde lo alto de un árbol... Y está sin sentido... Uno de los que está herido cantó todo, en el mismo camión... Dice que ese, ~~es~~ <sup>era</sup> el que se hacía pasar por Oliveira, ~~era~~ <sup>era</sup> que es Pepe, español...

-Y general?

-

-No, no lo dijeron...

-Los guardias preguntaron eso?

-Sí; parece ser que el mismo Cabo Alonso me preguntó si este era el hombre que buscaban...

-¿Y qué contestó?

-Que ~~no~~ ~~que~~ no sabían... ¡pero qué van a soltar esos comunistas así, de pronto, una cosa tan gorda!

-Pero si dijeron lo demás, ¿por qué no iban a decir también esto?

-No sé... Pero eso es lo que me dijo el cabo hace un rato; y quise que lo supiese usted...

-Gracias.

-De nada... Pero tenga cuidado, y no cometa tonterías. Bastante enredado está usted. El Cabo Alonso ni siquiera me mencionó su nombre; él está olvidando lo suyo, por caridad; ¿entiende?... Así es que, le recomiendo que no vaya a ver ese hombre; que se va a comprometer, y, de paso, va a comprometer a la Iglesia... Hágalo por la Iglesia...

-¿Entendido?...

-Bueno...

-¿Pero no entiende!

-¿Por qué me dice eso?

-Porque lo veo en <sup>su</sup> cara, padre Ignacio... Pero yo he cumplido con mi deber...

-Claro.

-Y espero que usted cumpla con el suyo.

-No lo dude, padre.

-Buenas noches...

-Buenas noches, don Ignacio; ¿busca a Xalbador?

-Sí.

-No está.

-¿Ha salido?

-Sí.

-¿Y volverá?

-Sí, llegará a cenar...

-¿No dijo la hora?

-No, pero nosotros cenamos a las nueve, y me dijo que llegaría para cenar. Falta una hora... ¿quiere esperar?

-No... Yo vuelvo más tarde.

-O le digo que vaya a verlo.

-No, no... Bueno... le dices que vine a verlo, que quiero hablar con él; si ;el no viene a má casa, yo vengo ~~en~~ más tarde.

-Está bien, padre.

-Adios.

-Ola, Jesusa... ¿Está don Ignacio?

-Sí. Pasa.

-Ah, Xalbador; acabo de venir de tu casa.

-Sí, me dijo mi hermana.

-Sabes lo que hay?...

-Sí, mataron a un guardia...

-?!Cómo?!

-Que mataron a un guardia, en el pueblo de arriba...

-?Hoy?!

-Ahora; hace poco más de una hora...

-?Cómo lo supiste?

-Como siempre...!canal directo! ¿De qué me quería hablar?

-No, yo... no sabía eso; don Rosendo me habló de un tiroteo, pero en el pueblo no...

-Sí; eso fue en la tarde; en la cueva de Sorginzulo...

-?Arriba del pinar?...

-Sí; y detuvieron a Oliveira...

-Sí, eso me dijo don Rosendo... ¿qué sabes de él?

-El está sin sentido.

-¿Grave?

-Sí, parece que sí...

-Me gustaría ir a verlo...

-¿!Qué?!...

-Quisiera atenderlo...

-!No se me mueva, padre!... !No se me mueva!... Hasta ahora no hay nada contra usted, ni contra mí...

-¿Qué supiste?

-Uno del grupo está herido, no de gravedad...

-Hay un muerto.

-Sí, hay un muerto. Pero después hay otro herido, que es el que ha hablado; y hay dos prisioneros más...

-Todos esos en la cueva?

→ -¿Y quién mató al guardia?... ¿En el pueblo?

-Ese fue otro. Ese se escapó en un carro... !y con la hija del guardia!

-Con la hija del guardia que mató?!

-Sí... Para que usted se fíe de un hombre que no conoce!...

-Yo conozco al portugués.

-¿De qué va a cobocer al portugués?... Olvídense de él... Hasta ahora no han dicho nada que nos comprometa.

-¿Qué han dicho?

-Pues han dicho que el portugués no tiene papeles porque los perdió no sé cómo...

-Ya sabes tú dónde perdió los papeles el portugués...

-Bueno...

-Y la policía también; ellos fueron los que seguramente recogieron

su cartera en la pensión... ¿no te acuerdas?...

-Sí, bueno...

-¡Eso es importante!

-Sí, pero, ¿quién sabe los papeles que tenía el Oliveira, o lo que sea, en la cartera cuando lo fueron a detener?...

-Eran sus papeles...

-Esos eran los papeles que cargaba él entonces; pero esos papeles pueden ser falsos...

-¡Hombre!

-Pues, claro, padre Ignacio, claro...

-Bueno, sigue...

-Bueno, que llegó al grupo llamándose Oliveira, un portugués; y que lo bautizaron la noche que llegó, en la caseta, una caseta de camineros que está cerca del puente, aquí arriba...

-Sí...

-Ahí, lo llevaron... (lo llevé yo) ahí; y le pusieron de nombre Pepe...

-O sea, que está claro...

-¿Qué está claro, padre Ignacio?

-Que llegó originalmente como un portugués, y que le pusieron ese nombre para...

-Bueno, padre, eso es lo que los guardias han sacado en el primer estrujón que han dado al herido ese... ¡Esos todavía no han empezado a cantar!...

-Y ¿qué esperan los guardias?

-Los guardias esperan identificar a ese Oliveira, o Pepe, o lo que sea con un general español comunista de la guerra civil que cometió no sé cuántas fechorías, que mató no sé cuánta gente... ¿entiende?

-¿Y será verdad?

-Pues no sé.

-A tí, ¿qué te parece?

-La verdad: ~~no sé~~ qué pensar... Por una parte lo creo a usted; por otra, pienso que ese hombre le ha podido engañar...

-También se han podido engañar los guardias...

-Sí, claro. Ellos no están seguros; pero tienen algunas confidencias, y saben que ese hombre anda por aquí, y en este mismo momento, y en ese mismo sector...

-¡Ese hombre puede ser otro, puede andar tranquilamente organizando sus cosas!

-Sí, eso puede ser... Pero los guardias tienen que seguir las pistas que tienen; ¡no van a seguir las que no tienen!

-¿Y esa es una pista buena?

-No sé. ¿Qué le parece a usted?

-Creo que están en un error. Y eso, ahora, se puede aclarar...

-¿Qué se puede aclarar, padre Ignacio?

-Quién es ese hombre, y qué hacía...

-Perdone que le interrumpa, padre Ignacio: y averiguarán también quiénes lo ayudaron...

-Sí. A mí no me asusta eso.

-A mí sí.

-Por qué? Si todo se va a aclarar.

-Hay cosas que no se aclaran nunca, Padre, y mientras tanto, mientras las cosas siguen sin aclararse, lo despachurran a uno como...

-Sí, como prensan ~~ахлахиаааааа~~ la uva...

-¡Eso, como prensan la uva!... ~~Ахлахиаааааа~~ ¡Así!... ¿Y eso no le da miedo a usted?

-No.

-Dichoso usted, que tiene dónde agarrarse...



-?Tú no, Xalbador?...

-No... Yo ya no creo más que en la autoridad, en la fuerza, en el palo que pega, en la medicina que cura, en eso... En las cosas que han probado su eficacia; en lo que se puede tocar, en lo que se puede sentir...

- *broeto* - *Es lo que se puede pasar de un lado a otro de la frontera.*  
-Pobre Xalbador...

-Sí, rece por mí...

Y tú, ¿qué vas a hacer?

-Yo?... Estar al tanto de cómo van las cosas; estoy listo; cualquier problema, ¡estoy en el otro lado!...

-¿Al otro lado de la conciencia?

-¡Qué conciencia ni ocho cuartos!... ¡En libertad, padre Ignacio, en Libertad!

-Estás equivocado.

\_Sí?

-Sí... Al otro lado de la frontera te volverás a encontrar contigo mismo.

-¡Claro!... ¡No quiero dejar el cuerpo aquí!

-No, te lo vas a llevar contigo, y te va a pesar.

-¿Y usted?

-Yo me enfrentaré a lo que venga; ese es mi deber; no creo haber hecho nada malo...

-¡Usted está en el limbo, padre Ignacio!

-Ojalá, ojalá *stunje en el limbo...*

-Estoy seguro.

-Bueno, bueno... Dime, entonces, ¿cuándo se sabrá algo de todo esto?

-No sé. ~~A los~~ A Oliveira lo dejarán en paz esta noche... A los otros tres los van a...

-... A torturar.

-Eso, les van a a poner los ojos en los pies, y los pies en la cabeza...!Hasta que hablen!

-Hasta que digan lo que saben...

-!Y lo que ~~ya~~ no saben!...!<sup>T</sup>odo, padre todo!

-Y si inventan algo?

-No sé; no será la primera vez.

-?Y si paga el que no es?

-!Por eso es que le tengo tanto miedo a la justicia!... !Se da cuenta!?

-Sí, me doy cuenta ; pero eso a que temes tú no es la justicia...

-?Y entonces qué es?...

-!La injusticia!

-Llámele como quiera, padre Ignacio, pero ;esa es la que disfrutamos ~~o~~ padecemos los hombres, de acuerdo al que está arriba o al que está abajo.

-Tú, ¿estás arriba?

-Yo quiero estar arriba, que no es lo mismo...

-Y yo estoy abajo...

-Usted quiere estar abajo...

-?Por qué?

-!Porque no se acomoda, padre,... no se acomoda!...

-Yo no cuadro ahí...

-Pues cuádrese, padre, cuádrese... Si hay algo más le aviso; y no se haga muchas ilusiones... Adiós, padre Ignacio...

-Adiós, hijo; yo te espero aquí.

-Buenos días, Oliveira.

-¡Padre!... ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo le dejaron entrar?

-Ya ves que estoy aquí.

-Pero ¿cómo lo hizo?

-Me dejaron. ¿Te molesta verme?

-No, no.

-¿Cómo estás?

-Ya estoy bien.

-Estuviste muy malo, muy enfermo.

-Sí.

-Ya estás mejor.

-Mucho mejor.

-¿Estuvistes seis días sin sentido?

-Eso me dicen.

-¿Y la herida?

-Eso fue nada, en el hombro.

-Me alegro que estés mejor.

-¿Cómo lo dejaron entrar?

-Insistí, insistí, y me dejaron.

-¿Por qué vino?

-Por verte, por saludarte, por ayudarte.

-¿Por ayudarme?

-Sí, si puedo.

-No puede.

-Por qué no.

-No sé; creo que no sirve... Hubiese preferido quedarme muerto allá, al pie del árbol.

-Por qué dices eso?

-Me van a matar...

-A matar?!

-Sí...

-Por qué?

-Creen que soy el general José López, el que llamaban "El Rajado"...

-¿Y tú qué dices?

-Que no.

-Y dices verdad?

-¡Claro, padre claro!... ¡Tampoco me cree usted?

-Claro que te creo. Por eso es que quiero estar contigo.

-Pero le pueden enredar a usted también.

-¿A mí?... Han dicho algo?

-No.

-No has hablado de mí?

-No.

- Y, ¿por qué no les has dicho la verdad?
- No quise comprometerlo en esto...
- Pero yo no tengo qué temer.
- ¿A usted? Lo pueden procesar, por ayudarme.
- Pero yo ayudé a Oliveira...
- ¡Ese soy yo!
- Y no ayudé a José López, o el que sea.
- ¿Cómo lo prueba?
- Vamos a ver, ¿qué es lo que has dicho tú?
- Yo dije toda la verdad, desde el principio hasta el fin, menos lo suyo...
- Menos mi intervención?
- Sí.
- Y ¿cómo explicaste tu contacto con el grupo comunista?
- Yo he dicho que me encontré con Jesús en un bar; que estaba solo, que empezamos a hablar, y que le conté lo que me pasaba...
- ¿Qué te pasaba?
- Pues eso, que me engañaron, que quise vengarme por mi cuenta, que me quedé sin papeles, sin dinero, y que quería pasar la frontera...
- Y te creyeron?
- ¡Qué va!
- Por qué no?
- Ellos dicen que yo no tengo ningún papel, que la estatura, la edad, la cara, todo, es del general ;ese...
- Y ¿No les hablaste portugués?
- Sí, claro. Yo les he dicho, padre, todo lo que hay que decir...
- ¿Y qué?
- Nada, sigo preso, incomunicado, con amenazas...
- ¿No has visto a esos?...

-No, no los he vuelto a ver. Pero ellos reciben visitas, me lo dijo un guardia.

-Y tú no.

-Esta es la primera que recibo.

-Tú les has dicho de dónde eres, les has dado la dirección de tu gente...

-Claro, padre, claro; todo eso está hecho.

-¿Y nada?

-¿Nada?... Menos que nada.

-Espera. Tú espera. Llegarán los informes de Portugal, acaso traen a un pariente tuyo, para que te reconozca...

-He escrito allá, padre...

-Al pueblo?

-Claro, a mi hermana...

Y nada?

-Nada.

-Acaso habrá llegado alguna carta, ¿quieres que pregunte?

-Si yo no hago más que preguntar! Nada, no hay nada.

-Acaso esas cartas estén en tu expediente; eso debe favorecerte, eso debe estar en el camino de la verdad.

-A veces pienso que sí; pero luego se me cae todo encima otra vez...

-No es para menos.

-Los demás están en esta misma cárcel?

-Sí.

-¿Quiénes son?

-Jesús, el que era jefe del grupo... y dos más.

-¿Cómo se portaron contigo?

-Bien.

~~-El jefe~~ Ellos saben todo lo tuyo?

-Sí. El que más sabe es el jefe, Jesús.

-Donde quién llegaste tú, cuando fuiste con Xalbador?

-Donde Jesús, ése es...

-¿Qué declararías ;él?...

-¡Ah, si supiese qué declaró Jesús!

-¿Quieres que lo intente?

-!¿Usted?!...!No lo dejan!... Y acaso sería peor.

-Por qué peor?

-Porque podrían complicarlo a usted...

-Jesús no sabe nada de mí.

-No.

-El sabe de Xalbador.

-Claro.

-Entonces, de quien ha podido confesar es de Xalbador...

-Claro. Pero ha podido callarlo, como yo.

-Eso quisiera saber; me parece importante, para ti.

-¿Para mí? ¿Por qué?...

-Porque si tú les has dicho que lo encontraste en un bar, y si lo que ha dicho Jesús es que llegaste con alguien, verán que estás mintiendo tú. Y aunque las demás cosas están claras, hay algo que no cuadra con la verdad.

-Yo no sé lo que habrá dicho Jesús...

-Por eso; voy a intentar llegar donde él...

-No vaya hoy!

-Por qué?

-

-Si lo relacionan conmigo y con él...

-Eso lo harán aún cuando vaya por separado, en días diferentes.

-No sé...

-¿Quieres que lo intente?

-Bueno.



~~Don Rosendo~~  
-Padre Ignacio...

-Dígame, don Rosendo.

-Tengo que hablar de una cosa muy seria con usted.

-Usted dirá.

-No, prefiero que sea en mi casa...

-Cuándo...

-Después de que termine aquí.

-Ya terminé aquí.

-Pues vámonos, y hablaremos en el camino... ¿Tiene que cerrar la puerta de la iglesia?

-No, está el sacristán ahí... ¡Joxe!... ¡cierra la puerta después!...

Podemos irnos...

-Bueno, pues tengo algo muy desagradable que decirle...

-¿Desagradable?

-Sí.

-Usted dirá.

-Sí... Ya le dije a usted antes que sería comprometido visitar a ése... portugués, o lo que fuese, ¡que está en la cárcel!

-Sí; lo recuerdo muy bien.

-Y usted, de todas maneras, a pesar de mi recomendación, ha ido a ver a ese fascineroso...

-Don Rosendo, ese hombre no es ningún criminal.

-¿Qué es, pues?

-Le ha salido todo mal.

-¿Qué le ha salido mal, dígame?

-Pues quería pasar la frontera, para trabajar, y se le ha enredado todo en el camino...

-¡Pero hombre, pero hombre, todavía sigue usted con ese cuento!... ¡El hombre ya está preso, el hombre está confeso, y aún le sigue usted defendiendo!...

-El hombre está preso, pero no ha confesado nada condenable...

-Pero, dígame, padre Ignacio: ¿Ese hombre no estaba formando parte de un grupo de comunistas, y no lo han herido mientras estaba disparando con un fusil?...

-Sí.

-Y dice usted, ~~que~~ todavía, que ese hombre no es culpable?!

-Es culpable de eso, de haberse agregado...

-¡Agregado!... ¿A qué llama usted agregado?!

-El se sumó a un grupo...

-¡Comunista!...

-Sí, comunista... El se sumó a un grupo comunista para pasar la frontera, para ir a trabajar...

-¡Ah, yo no sabía que había necesidad de sumarse, como usted dice, a un grupo comunista para ~~pasar la frontera~~ ir a trabajar!

-Pues a veces hay que hacerlo así...

-Entonces, padre Ignacio, eso le parece bien...

-En el caso de Oliveira, sí.

-Y? qué tiene Oliveira que no tengan los demás?...!Eh!...?Qué le parece si todo el mundo se poner a sumarse a los grupos comunistas para pasar la frontera, eh?...

-No, no, don Rosendo, usted está sacando las cosas de quicio...

-Ah, con que soy yo el que está sacando las cosas de quicio, ¿no?!

-Bueno...

-No, no... NO quiero seguir hablando con usted... Y no suba, no suba a ~~xxxx~~ la casa rectoral, porque veo que si usted me ha contestado con esa desvergonzura en plena calle, donde la gente nos está viendo discutir, usted va a decirme mucho mayores en mi despacho; y no estoy para sofocos, ya me ha dado usted ya bastantes...

-Pero...

-No, no. Déjeme a mí decirle una cosa más: preséntese al despacho del señor Obispo ~~xxxxxx~~ mañana, a las tres de la tarde...

-?En la ciudad?

-No. Claro. O es que quiere usted que el señor Obispo le venga a pedir audiencia aquí, en el pueblo!

-No, pero...

-!Ah! Y otra cosa. Y usted, no sólo ha tenido la desfachatez de poner el nombre de la ~~Iglesia en entredicho~~ Parroquia, y de la misma Iglesia, en entredicho ~~xxxxxx~~ visitando a ese majadero de Oliveira, que es un matón, sino que ha ido a visitar también a un reconocido jefe comunista que operaba desde hace más de un año en este sector de la frontera... !O es que me va a negar también que ese tal Jesús no es comunista?!

-No, no le digo lo contrario. Lo que sí le digo es que yo no he visitado

a ese tal Jesús...

-¿Me dirá usted que estoy mintiendo?

-O le mintieron a usted, don Rosendo. Yo visité sólo a Oliveira. Y pedí, eso sí, pedí, que me dejaran visitar la misma tarde a ese tal Jesús, quien sí es un comunista conocido...

-¿Y no le dejaron?

-No.

-Entonces ha habido una confusión...

-No una confusión completa...

-Ah, no!

-No, porque me ofrecieron la visita para hoy...

-¡Y va a ir!

-Sí, esta tarde.

-A pesar de lo que le digo del señor Obispo?

-A mí el señor Obispo no me ha prohibido todavía nada.

-Pero yo se lo digo en su nombre.

-Usted me trae la prohibición?

-No; pero le advierto lo que le va a decir...

-Bueno, don Rosendo, yo iré a verlo mañana, y hablaré con él.

-¡A las tres!

-Mañana, a las tres.

-¿Usted es Jesús?

-Sí. Jesús Alvaréz.

-Bueno, yo no estoy indagando su filiación.

-¿A qué viene, entonces?

-Usted es quien recibió a Oliveira?

-¿Qué Oliveira?

-El portugués...

-Yo no conozco a ningún portugués.

-Bueno, vamos a ver... Usted y su grupo cayeron en la cueva, ¿no es verdad?

-¡Yo no tengo por qué decirle nada!

-Bueno, bueno. Yo creo que ~~debería~~ debía haberme presentado antes. Y quiero hacerlo con una confidencia...

-¿Una confidencia de un cura para mí?

-Y, ¿por qué no?

-No, no; yo no creo en esas cosas; pierde su tiempo conmigo, padre, pierde su tiempo.

Vamos a ver Yo diré lo que tengo que decir. Usted, después, hace lo que quiere, ¿conforme?

-No, si a mí no me importa lo que usted diga!

-Bueno, pero se lo voy a decir de cualquier manera. ¿Me va a escuchar?

-Yo le oigo... *Depende lo que diga. Eso es todo...*

-Ya está mejor, eso está mejor. Pues le voy a hacer una confidencia: Yo fui hace algo más de un mes a hablar con Xalbador, ¿usted conoce a Xalbador?... no, no lo conoce; bueno, comprendo muy bien su lealtad, pero no se olvide que ~~Yo~~ estoy depositando en usted, en su ~~honrra~~ ~~deber~~ conciencia, una confidencia que compromete a gente, y que me compromete a mí; bueno, pues iba diciendo que fui yo quien pedí a Xalbador que ayudase a pasar la frontera a un pobre hombre, a un portugués; yo no conocía a ese hombre más que por eso, porque se me presentó un día, y me pidió que le ayudase a conseguir la justicia; yo sé ya todo lo que pasó con ese grupo, y cómo cayó hace algo más de un mes; también sé que lo maltrataron a usted mucho, y también apretaron bastante a Oliveira, el portugués que usted mismo rebautizó ~~Pe~~ con el nombre de Pepe; no, no me diga nada; déjeme seguir y terminar mi confidencia, y usted decide entonces si habla o no; y si habla, cómo habla. Pues estuve visitando hace unos días a Oliveira, a ese amigo suyo Pepe, y lo veo en una situación grave: lo toman por un comunista español, un general que durante la guerra cometió algunos crímenes. Oliveira, o Pepe, tuvo la valentía de no confesar la parte que tomé yo en el proceso de su encarcelamiento; yo se lo agradezco, aunque no se lo hubiese reprochado si hubiese actuado de forma diferente, ~~si~~ me hubiese delatado en lo que hice. Ahora bien; hay algo que está, creo yo, en sus manos. Creo que a Oliveira le perjudica la mentira que ha dicho para favorecerme; no sé,

no se trata más ~~de~~ que de una sospecha mía, pero lo que quisiera saber es si usted, en sus declaraciones, contó realmente la manera en que llegó a usted; ~~en~~ para decirlo más corto, me interesa saber si usted ~~de~~ confesó la parte que tomó Xalbador o no.

~~¿Y a usted que le importa lo que he dicho de Xalbador?~~

-Usted está interesado en esto porque ~~de~~ lo que he dicho de Xalbador lo afecta a usted...

-Sí, me afecta. Mientras no sepan de Xalbador, no saben de mí. Pero ahora no se trata de mí, sino de Oliveira.

-¿Qué casualidad que coincidan el interés de Oliveira y el suyo!

-Si se fija usted bien en mi historia, no es esta la primera vez que coincidimos él y yo.

-Bueno, no sé, me parece que usted es sincero; yo no creo en ustedes, pero creo en usted.

-Gracias.

-¿Quiere usted que le diga la verdad?

-Claro.

-Yo no mencioné a Xalbador en nada de esto.

-Fue leal de su parte.

-Yo estoy en la lucha por lealtad.

-Estoy muy lejos de aceptar sus mismas lealtades, pero me parece que esta lealtad a un amigo es ejemplar.

-N<sup>o</sup> digo que le seré leal siempre; depende de las situaciones, depende de las cosas que hay en juego; la mía es una lealtad dialéctica...

-¿Dialéctica?... Esta lealtad es nueva.

-No, ¡es viejísima!... Es la lealtad de la conveniencia ~~una~~ <sup>en el orden de</sup> una meta superior.

-Entiendo. Es decir, que Xalbador ha tenido suerte.

-Sí, y por lo que veo, usted también.

-Sí, y se lo agradezco. Espero que no se alteren las circunstancias de tal manera que la lealtad hacia Xalbador y hacia mí no le convenga más...

-Quién sabe.

-Y, si puedo yo saber: ¿qué es lo que dijo usted en su declaración?

-En lo de Oliveira?

-Sí.

-Yo no sé por qué cuento todas estas cosas a un cura; pero, bueno, ~~me~~  
~~se me cae usted bien, creo que es un~~  
hombre limpio...

-Gracias.

-Pues dije, sencillamente, porque lo sencillo es lo mejor de recordar, que me encontré con Oliveira en un bar...

-¿En un bar?...

-Hombre, qué coincidencia!

-¿Coincidencia?

-Sí; Oliveira declaró lo mismo.

-Pues mejor...

-¿Y han insistido mucho en ese punto, en sus... declaraciones?

-No, lo dije una vez; y me pidieron que lo confirmara otra vez; eso es todo.

-Pues le agradezco esta confianza que ha tenido conmigo.

-Nada, señor cura, nada.

-Gracias, y adiós.

-Salud.



-Está Xalbador?...

-Sí, aquí estoy, padre Ignacio...

-Estás cenando...

-No importa, estoy terminando; siéntese aquí, con nosotros, es un minuto, y voy conusted...

-Ay, don Ignacio, a ver si este hijo mío mejora ~~en~~ un poco con usted, porque está muy malo, se va a condenar...

-¿Condenar?... ¿Por qué?

-¿Este?...!Ni va a Misa!

-¿Es verdad, Xalbador, que no vas a Misa?

-Bueno, ¿y qué?

-Hombre, Xalbador... ¡que uno que ha sido estudiante de cura no vaya a misa!...

-La misa no es el remedio para ~~enx~~ todo esto...

-¿Qué es todo esto?...

-¡Toda esta porquería que hay en el mundo!...

-¡Porquería!...!Dios mío, Jesús!...

-No haga caso a su hijo, que este no hace más que hablar...

-Hablar... Si, eso es lo que hacemos demasiado, hablar... Y no hacemos nada más...

-Y contrabandear un poco también, Xalbador.

-Y contrabandear también, claro; y hacemos contrabandos de todas clases...!Siga hablando, siga hablando, padre!

-Bueno... ¿Has terminado?

-Sí; pero estoy esperando que siga adelante con su sermón...

-!Xalbador!... Este hijo es un sinvergüenza...

-No le haga ~~un~~ caso, que ya conozco a Xalbador. Si has terminado nos vamos...

-Vamos, padre Ignacio.

-Hasta otra visita, don Ignacio; ni le he ofrecido nada...

-No, no, acabo de cenar... Buenas noches.

-Buenas noches, don Ignacio.

-¿Entonces, cenó ya?...

-No, estoy llegando de la ciudad...

-Ah, sí; ha visto a Oliveira, o lo que sea?

~~Maximiliano y ayer~~

-A Oliveira lo visité ayer...

-¿Y no le han llamado la atención?

-¿Quién?

-No sé, la guardia...

-No.

-Y, ¿a qué ha ido hoy a la ciudad?

-A visitar a Jesús...

-¿Usted conoce a Jesús?

-Lo conocí hoy.

-!¿Hoy!?

-Hoy; vengo de hablar con él.

~~¿Y~~  
-!¿Pero, cómo se atrevió a ir allá, sin conocerlo, sin ~~xxxxxxxx~~ saber cómo iba a reaccionar?!

-Me arriesgué.

-!Pero es que no se arriesgó solo!... !Es que me puso en riesgo también a mí!...

-No había más remedio.

-Podía habérmelo dicho, padre, antes de ir...

-NO había tiempo que perder...

-¿No podía habérmelo dicho esta mañana, antes de ir?

-No, porque no me ~~te~~ lo hubieses permitido...

-Ah, sabía que iba a decirle que no!

-Claro.

-Entonces, me pone en riesgo a mí, que le he hecho un favor...

-Yo cuidé mucho de no mezclarte en esto; y había necesidad de correr un riesgo para salvar a Oliveira...

-!Oliveira, Oliveira!...

-Ese hombre es inocente.

-!Y qué me importa a mí!

-!A mí sí!

-Pero no tiene derecho de ponerme en esa balanza a mí!

-Pero te digo que no tuve más remedio; y tenía fe en que todo iba a salir bien.

-¿Y salió?...

-Sí, hombre. Tranquilízate. Salió bien.

-¿Qué pasó?

-Yo quería saber si él, Jesús, te había denunciado. ¿No te preocupaba a tí eso?

-Sí, claro...

-Me dijo que no.

-!¿No!?... !¿Seguro?!...

-Seguro.

-¿Cómo puede estar seguro de eso?

-No sé. Creo lo que me dijo ese hombre; no tenía, como yo le puse las cosas, necesidad de decir otra cosa...

-!Usted cree por instinto, padre!

-Sí, puede ser; eso es...

-No sé qué decirle.

-¿Tú no crees por instinto?

-!No, no!...

-Tampoco crees en la palabra...

-No, tampoco!... !Menos!

-Crees aún menos en la palabra de un hombre... Entonces, ¿en qué crees tú?

-No sé... Yo necesito pruebas, ¡pruebas!

-¿Pruebas?

-Claro, padre Ignacio... ¿Usted no cree en pruebas?

-También, si son buenas, también... Pero no puedes tener pruebas de todo en esta vida, y sin embargo necesitas ~~creer~~ contar con muchas cosas de las que no tienes pruebas, necesitas creer...

-Eso era antes, padre Ignacio, antes.

-¿Antes de qué?

-Antes de empezar a vivir. Aquí, en este mundo, se juega con unas reglas, padre, unas reglas...

-¿Y tú crees en esas reglas?

-Claro... !Ah!... !Pero no es que crea en esas reglas, sino que las

compruebo todos los días... ¿Y usted no?

-No...

-Usted está fuera de juego, padre, ¡fuera de juego!... Bueno, a usted le dijo Jesús que nosotros dos habíamos quedado fuera de... del asunto de Oliveira.

-Sí.

-¿Y Oliveira?

-Oliveira tampoco ha dicho nada.

-¿Y qué han dicho, entonces?

-Que se encontraron casualmente en una taberna...

-¡Hum!...

-¿Qué?... No te parece bien?

-Demasiado bien.

-Bueno, a veces las cosas salen así.

-¡Qué coincidencia!

-Así es.

-Cosa de Dios...

-Puede muy bien ser.

-No está seguro.

-No, no puedo estar seguro de eso.

-¿Por qué?

-No sé... Porque yo no tengo esa manera de comprobar las reglas de esta vida, como tienes tú.

-¿Ve, padre, cómo mis reglas valen más que las tuyas?

-Consuélate así, si quieres.

-Bueno. Vamos a decir que eso está bien; que hemos tenido suerte. ¿No le parece, Padre Ignacio?

-Pongámoslo así... ¿Te alegras?

-Pues claro!... Pero no crea usted que me quedo tranquilo.

-?No?

-?Por qué?

-Hay que estar en guardia. No se olvide, padre Ignacio, desconfíe de todo, manténgase siempre en guardia, ¿entiende?

-Sí, claro.

-Adios Padre Ignacio, que tengo que ver a un amigo.

-Adiós, Xalbador.

-Adiós... Ah, se me olvidaba decirte que mañana en la tarde tengo que ir a visitar al señor Obispo.

-Al Obispo!?

-A qué?

-Me llamó.

-A usted?... ?A qué?

-No sé. Supongo que a darme un regaño porque he ido a hacer las visitas a la cárcel.

-!Cuidado, padre Ignacio, cuidado!

-Por qué?

-Le voy a pedir una cosa... Que no me mencione a mí para nada.

-Claro que no.

-No, que no se ablande usted y le cuente todo,!porque ese obispo es un funcionario público!

-Un funcionario?

-Claro; ese hombre cobra un sueldo del Estado; él está por el orden establecido...

-?Y tú no?

-Sí, y lo digo; y soy un contrabandista, y lo digo; pero ese señor...

-Ese señor...!es un vicario de Cristo!

-!Pues sí, pues ese vicario está al servicio del gobierno como la está la guardia!

-No blasfemes así, Xalbador!

-!Yo de eso tengo pruebas, pruebas!

-No quiero seguir hablando de ese mundo tuyo en que todo está reducido a la regla de las pruebas. Adiós...

-Pero no me ~~meta~~ nombre a mí, padre Ignacio.

-No te preocupes.

-Entonces, usted es el famoso padre Ignacio?

-Sí, Monseñor, soy el padre Ignacio...

-¿Famoso, no?

-No tengo por qué serlo, Monseñor.

-Es que he oído hablar mucho de usted.

-No sé si alegrarme, o avergonzarme...

-No, no; no tiene por qué avergonzarse; me han hablado más bien... bien de usted...

-Menos mal.

-¿Por qué?... ¿Cree usted que hay gente que puede hablar mal de usted?

-Pues sí...

-Y considera usted que... esa gente está en un error?

-Creo que sí.

-No está seguro.

-No puedo estar seguro, ~~Monseñor~~ Su Excelencia.



-Es difícil estar seguro en esta vida, ¿verdad?

-Sí, muy difícil.

-¿Sabe usted cuál es el camino más seguro de estar en la verdad?

~~La fe.~~

-La fe.

-Bueno, claro es, la fe... Pero me refieron a la orientación, al derrotero, más seguro de caminar por esta vida, aparte de la fe... ¿Sabe usted cuál es el camino más seguro?

-La conciencia.

-Claro, la conciencia es un índice importante; pero la conciencia a veces se engaña, ¿no le parece?

-Sí, a veces uno se engaña de buena fe.

-Por eso, por eso... El hombre ha establecido en este mundo un orden, ¿no es eso?

-Sí.

-Ese orden aceptado, esta autoridad que se ha dado el hombre, es ~~un camino bueno.~~  
un camino bueno.

-¿Ideal?

-No digo que ideal; tenemos que ser más prácticos que eso; tenemos que aceptar un punto de referencia; este del orden establecido es aceptable... No ideal, pero aceptable.

-¿Cuál es ese orden, Monseñor?

-¿Ese orden?... Usted lo conoce tan bien como yo... el orden mismo, y los poderes que lo constituyen, el Estado, la ley...

-No sé si interpreto bien a Su Excelencia; pero entiendo que el hombre...

-El sacerdote, padre Ignacio, el sacerdote...

-Bueno, el sacerdote, que también es un hombre...

-Sí, que también es un hombre... pero que es sacerdote, sobre todo sacerdote...

-Bueno, Monseñor, un hombre que es sacerdote, como yo; yo entiendo que además de hombre, porque nací hombre, soy sacerdote, y no estoy, de ninguna manera, dispuesto a sacrificar ninguna de las altas virtudes que encierra el sacramento del sacerdocio; pero vivimos, hombres y sacerdotes, en este mundo, y estamos para servir al hombre...

-Eso es, padre Ignacio; usted lo acaba de decir; estamos para servir al hombre en su camino de perfección hacia Dios...

-Claro.

-¿Y cuál es el mejor camino?

-Ayudar al hombre a alcanzar a Dios...

-¿Y cómo lo ayudaremos mejor? Perdone, que esto parezca un catecismo, pero se ~~hace~~ me hace obligada esta pregunta: ¿Cómo ayudaremos mejor a ese hombre?

-Tenemos el evangelio.

-Claro, eso es elemental. Pero en el aspecto práctico... No, no, padre Ignacio, no me interrumpa ahora, por favor. Quiero exponerle mi punto de vista: cada hombre es un mundo; usted lo sabe muy bien; ese mundo vario y complicado que constituye el interior de un hombre, con sus ideales, sus apetencias, sus aspiraciones, ese mundo no puede ser la orientación definitiva de nuestra actuación; si fuese así, tendríamos que dedicarnos a servir a cada hombre según sus particularidades en la aspiración personal, en la ambición personal, en sus mismos errores... ¿Me sigue?... Sí, sí, pero déjeme terminar, después podrá hablar usted, padre Ignacio. Entonces, si no podemos aceptar como orientación definitiva cada hombre en particular, es necesario que aceptemos como válido el mundo colectivo, el mundo que está representado por la autoridad, por el orden establecido, y que la mayoría acepta como buena, que la mayoría respeta, ¿no le parece?... No, no, déjeme seguir, que quiero ~~reformular~~ llegar al final antes de que

~~xxx~~ usted me haga sus observaciones, a las que, claro está, tiene perfecto derecho... Ese mundo oficial, esa autoridad que yo invoco como buena, digamos que como aceptable, ese mundo, digo, ya sé que no está a la medida de todos los hombres y todas las aspiraciones, y tiene que haber, necesariamente, descontentos, ~~tieaa~~ que haber hombres que ven ese orden como un ~~desorden~~, ese justicia como una injusticia... Veo que voy bien... Buneo, yo comprendo muy bien todo eso; y hasta veo como cosa normal que ~~xxxxx~~ los sacerdotes, y hasta mis sacerdotes, tengan sus propias ideas acerca de este mundo en que vivimos sumergidos todos, a pesar de estar, sobre todo, pendientes de un reino que está muy por encima de estas ~~fealdades, de esas~~ discrepancias, digamos, para que llegue mejor a su ánimo, de estas fealdades... ¿No es verdad?... Pero tenemos que aceptar una norma, tenemos que vivir con un orden, tenemos que seguir jugando a la vida humana de acuerdo a unas reglas... ¿no le parece?... Ahí es donde tenemos necesidad, creo yo, de aceptar ese orden temporal como algo transitorio en que hacer descansar nuestro apostolado. Eso es lo que quería decir. Quiero oír sus ~~xxx~~ opiniones, quiero que usted se ~~sienta~~ sienta con entera libertad para darme su propia versión del mundo a que acabo de referirme.

-Sí, Su Excelencia. Lo haré con gusto. No sólo porque siento necesidad de decir la verdad, sino un poco, también, para justificar mi conducta, que creo que está en entredicho...

-No, usted no se preocupe en este momento de eso; dígame cómo ve usted el papel de un sacerdote, y en qué discrepa de lo que acabo de decirle.

-Su Excelencia, este mundo en que vivimos es, sí, muy complejo. Y tiene, claro es, la necesidad de establecer un orden.

-Muy bien.

-Ese orden ideal...

-No, no diga ideal; ese orden lo conocemos, sobre todo nosotros, los sacerdotes; pero ese orden ideal no existe en este mundo... ¿Me entiende?

-Claro, Su Excelencia. Pero el hombre debe perseguir siempre un objetivo ideal, ¿no es cierto?

-Sí, perseguir lo bueno como idea no es malo, sino beneficioso.

-Bueno; decía, pues, que busca idealmente una solución mejor de la que tiene; creo que ese estímulo no sólo es necesario, sino imprescindible para la perfección humana del hombre, para su ascenso...

-Conforme.

-Es cierto, sí, que ~~todos~~ los hombres ~~tienen~~ viven mundos de conciencia diferentes; por mil razones, el hombre guarda en su intimidad algo que lo hace pensar diferente que todos los demás. Pero también es verdad que todos los hombres, todos ellos, tienen en común aspiraciones que pueden llevar a cabo...

-Claro.

-La forma práctica, humana, terrena, de hacer coincidir a esos hombres en la construcción de una sociedad que vaya resolviendo los problemas humanos que van confrontando es la libertad.

-¿La libertad?

-Sí, Monseñor.

-Bueno, ~~la libertad~~ el nombre me parece muy bonito, lo usamos todos de vez en cuando...

-Exactamente.

-Pero la libertad... la libertad en abstracto no existe; usted quiere decir una libertad, una libertad determinada, con orden...

-Sí, con orden...

-Es que usted sabe, padre Ignacio, que ~~existe~~ aquella libertad a que

aspira mucha gente es el libertinaje...

-Ah, sí, el libertinaje...

-Por qué lo toma a usted a broma, padre Ignacio.

-No, no es broma, Monseñor; es que algunos usan el coco del libertinaje para justificar la falta de libertad...

-Ese, ciertamente, no seré yo...

-No, Monseñor, muy lejos ~~ka~~ en mí la pretensión de erigirme en juez de sus palabras...

-Pues tiene la obligación de juzgarlas, padre Ignacio.

-Sí?

-Sí, si quiere sacar alguna consecuencia de esta conversación que estamos teniendo tiene usted el derecho de juzgar lo que digo; y le pido que ejerza ese derecho, y razone conmigo y arguya. Yo soy su pastor, no su jefe; yo soy el que cuida, no soy el que ~~ordena~~ <sup>manda</sup>; yo soy el que orienta, no el que ordena; ¿entendido?

-Sí, Su Excelencia.

-Bueno, continúe...

-Quiero decir que hay formas de ~~mantenerlo~~ crear un orden y de mantenerlo.

-Cómo dice usted "crear un orden"?

-Sí, Monseñor. El origen de la ley, de la justicia, es importante.

-Claro.

-La justicia no la puede exigir alguien que carezca de autoridad...

-Desde luego...

-De autoridad, quiero decir legítima.

-¿Qué entiende por legítima, padre Ignacio?

-La autoridad, como usted sabe muy bien, provenía antes, en el orden terrenal, y estoy hablando solamente ~~de~~ según el juicio histórico,

~~-De Di~~  
de Dios...

-Siempre viene de Dios...

-Sí, Monseñor. Pero llega de Dios por medio de la intervención de los hombres.

-Claro, claro.

-Entonces, luego, y creo yo que siempre con anuencia de Dios, y ~~hasta~~ con su voluntad divina, el hombre evolucionó su sociedad de manera que la autoridad le llegase a través del pueblo...

-¿Qué quiere usted decir ~~quexx~~ con eso de que Dios le pasó la autoridad al pueblo?

-Bueno, Monseñor, que con la Revolución Francesa, la autoridad del estado pasó del Rey, por la gracia de Dios, al hombre que ~~ex~~ eligió el pueblo, y creo que con la voluntad de Dios...

-¿Y usted ve la mano de Dios en eso?

-Tengo que verla, Monseñor. No creo que eso lo haya conseguido el hombre en contra de la voluntad de Dios...

-Yo tengo mis dudas sobre eso... Pero, bueno, eso es ya meternos de cabeza en la política; eso es lo que usted acaba de decirme, padre Ignacio, que tenemos que juzgar la autoridad, el Estado, el poder judicial, etc., todo eso en función de su legitimidad, ¿no es verdad?

-Sí, Su Excelencia.

-Pero usted, entonces, quiere comenzar a tomar partido en política?

-No, por Dios... Por una parte, sí es cierto que la política, que no es más que el arte de gobernar a los pueblos, es una actividad legítima en la que Dios tiene su parte, como la tiene en todo lo que hacemos los hombres en este mundo...

-Y qué, padre? Siga, siga!

-

-Que Dios sí toma su parte en todo lo que es el mundo del hombre y sus problemas.

-Bueno, dejemos eso así, sin analizarlo más, porque podríamos llegar a ningún sitio; sigamos su hilo, ~~xx~~ el hilo que comenzó axdesmadejar usted primero: ¿cómo sabe usted si una autoridad es legítima o no?

-Bueno, Monseñor... La autoridad tiene que ser, primero, consentida...

-Consentida por quién?

-Por el homnre...

-Por qué hombre?

-Por la suma de hombres, por los medios que pone el hombre para conocer la suma de voluntades...

-¿Cuál es ese medio?

-Unas elecciones libres, por ejemplo.

-¿Elecciones, dice usted?... ¿Usted quiere decir desorden?!

-Desorden, no, Monseñor...

-Veo que tienen razón ~~que~~ cuando me dicen que usted tiene sus inclinaciones políticas, tenían razón..

-No dejo de tener mis opiniones políticas, Monseñor; se lo digo con toda humildad; tengo...

-Dígame eso claramente, porque es grave, padre Ignacio...

-Tengo, digo opinión acerca de la mejor manera, de la manera más justa, de la manera más humana, de organizar aquí abajo, donde vivimos, la vida de los hombres...

-Pero no se olvide que usted es sacerdote.

-No lo olvido en ningún momento, Monseñor. No ~~xxxx~~ hago uso de mi ministerio para favorecer una parte u otra de la bandería política en que está dividido el hombre; para mí, como sacerdote, existe el hombre con sus problemas, y estos problemas a veces son políticos,

son del orden en que no se puede soslayar responsabilidades, en que todos debemos colaborar a resolverlos en el mejor espíritu de la justicia, de la caridad y de Dios...

-¡De Dios!... ¡Por fin, lo ha mencionado!

-Lo tengo siempre presente, Monseñor.

-Así lo espero. Pero a veces no lo parece. Por lo que veo, usted sabe lo que es la política, ese bosque espeso, peligroso de recorrer, sobre todo de noche, que es la política.

-Sí Monseñor.

-Todas las cosas buenas de la política que usted acaba de mencionar son ciertas, padre Ignacio; pero no se meta en ese lío de noche, quiero decir que sin más luces, porque lo van a enredar...

-A mí no me enredado nadie.

-Pues me alegro. Pero, vamos a ver, ¿quiénes son los que le dicen a usted que el orden establecido que disfrutamos no es legítimo?

-Yo mismo, Su Exdelerencia.

-Usted mismo?! Hombre, no creí que pudiese soltarme usted eso así, tal como lo acaba de decir.

-Por qué no, Monseñor?

-Porque ahora sí quiero que me analice por qué considera usted este ~~un~~ régimen que estamos disfrutando en este país, de paz, de orden, de completo apoyo a la Santa Iglesia Católica, como un régimen así es ilegítimo...

-Es ilegítimo, simplemente, porque ~~destruyó~~ nació de la destrucción de un orden legal justo.

-A eso llama usted ilegítimo.

-Sí, Monseñor.



-Y ¿qué quería usted... que continuase aquel régimen legítimo, como dice usted, que estaba permitiendo, no sólo permitiendo sino propiciando, la quema de iglesias, la matanza de curas!... ¡Eso es lo que ~~considera~~ juzga usted como legítimo!

-Sí, Monseñor, a pesar de todo...

-¡Ah, con que a pesar de todo ese era un régimen ideal, como usted dice!

-No, Monseñor, no ~~lo~~ digo que esos desmanes fuesen legítimos, ni que esa proceder fuese ideal...

-¿Qué dice usted, entonces?

-Lo que digo, o quiero decir...

-No, no, Padre Ignacio, a mí me lo dice, y me deja lo quiere decir para otro que no sea yo, a mí me lo dice claro, para que le entienda...

-Pues ~~se lo diré~~ me estoy esforzando en decírselo, Su Excelencia: aquellos desmanes, que son, por supuesto, muy condenables, y que yo, por supuesto, condeno con toda mi alma, no fueron fruto legítimo del orden establecido, del orden consentido...

-Ah, no!

-No, Monseñor. Aquellos desmanes surgieron a pesar del orden; diríamos, mejor, que fueron tolerados por un orden débil...

-Es que eso es generalmente esa clase de orden, débil para reprimir la maldad, el crimen... ¿No es así?... ¡Reconózcalo!

-Sí, así ha ocurrido alguna vez; pero quienes podían prestar el apoyo de su autoridad, de su fuerza, en lugar ~~de ayudar a resolver~~ de ayudar a resolver aquellos desmanes ~~crearon~~ crearon una guerra, prendieron la guerra!

-Una guerra santa!

-Una guerra nunca es santa, monseñor. <sup>E</sup>se fue el crimen más grande que ~~podían cometer~~ pudieron cometer para reprimir aquellos desmanes.

-Pero habóa que tomar partido!

-Podían haber ayudado al gobierno legítimo a reprimir aquellos desmanes sin llegar a la guerra.

-Y supóngase, padre, por un momento, que hubo un error al enjuiciar el posible riesgo de una guerra larga, como me consta a mí que ocurrió; supongamos que aquel fue un error de juicio, como cualquier error humano...

-Bueno.

-Lo acepta?

-Puedo aceptarlo, por caridad.

-Por caridad, o lo que fuera; pero lo acepta.

-Sí.

-Entonces, ¿cómo puede sostener que ~~que~~ el orden establecido después, que aceptamos que fuese por un error de evaluación de unas posibilidades de guerra horrible, pero que lo fue de buena fe, y que después está ayudando a resurgir en paz a un pueblo, ¿cómo, digo yo ahora al padre Ignacio, continúa usted argumentando como fuente de derecho la verdad irreversible de un orden nuevo, de una ley que respeta al hombre y a la Iglesia...

-No estoy seguro que este orden nuevo que nació de la guerra respete la Iglesia, pero de lo que estoy seguro es de que no respeta al hombre...

-Usted quiere desconocer la verdad de que ~~esta autoridad~~ la autoridad que orienta a este país ~~es~~ es católica y da su completo respaldo a la Iglesia Católica?

-~~Yo~~ No dudo de que ~~por~~ este estado de cosas actual respalde a la Iglesia, lo que dudo es que este apoyo que recibe la Iglesia sea beneficiosa para la Iglesia.

-Esas son apreciaciones ...

-Sí, su Excelencia, esa no deja de ser una opinión.

-Y en cuanto a que no respeta al hombre, en que esta autoridad no respeta al hombre, ¿en qué se basa?

-Este Estado no garantiza las condiciones mínimas de libertad.

-¿Usted cree que no ~~tiene libertad~~ está disfrutando de libertad?

-No.

-Pues no lo veo preso, padre Ignacio!

-Ni libre, Monseñor.

-A qué llama usted ser libre?

-A poder elegir la autoridad que ~~queremos~~ consideramos mejor.

-Y usted no puede?

-No.

-Se refiere a mí.

-No, monseñor, no me malentienda. Mi autoridad episcopal/es diferente, y yo la acato con la mejor voluntad. Me quejo que, en cuanto a hombre, que es de lo que estamos hablando, no pueda cambiar la autoridad de fuerza que se me impuso como ciudadano hace treinta años.

-Ah, con que a usted le impusieron esa autoridad!

-Sí, ~~padre~~ Monseñor, como a otros.

-Entonces usted estaba del otro lado de la barricada!

-Usted lo sabe muy bien, monseñor.

-Sí, lo sé; pero nunca vi tan clara como ahora la razón de ese destierro en Andalucía.

-Le parece justa?

-No la impuse yo, padre Ignacio.

-No. Y no me quejo de eso.

-Y de qué se queda?

-De que han pasado treinta años desde aquel error de juicio a que se refirió usted, y aún no hañ cambiado nada.

-A quién duele eso?

-Al pueblo.

QAh, ya llegó usted al pueblo, de donde tiene que emanar la legitimidad del poder, ¿no es eso?

-Sí, Monseñor.

-Y usted desconoce la celebración de dos plebiscitos populares?

-No, los conozco muy bien; han sido una farsa.

-Una farsa!

-Sí, Monseñor.

-Usted no pudo votar por el candidato que quiso?

-No.

-¿No?... ¿Quién se lo impidió?

-Nadie; aparentemente nadie.

-Y, dónde terminan las apariencias?

-En las dos ocasiones me <sup>ofrecieron</sup> ~~pasieron~~ dos alternativas que desconocen la libertad.

-¿Qué alternativa quería usted?

-Una válida, la que el pueblo podría aceptar como legítima.

-Y esa no la tuvo usted.

-No.

-No podía votar usted por el que quisiese... ¡por un comunista, por ejemplo!

-No hubiese votado por un comunista...

-O por otro cualquier... ¿Por quién hubiese votado usted?

-Por un candidato capaz de respetar a mi pueblo, a mi Iglesia, a mi adversario...

-A su adversario también?...

-Desde luego!

-Y por qué no lo hizo?

-Por lo mismo que en Rusia es inútil votar por alguien que no está dentro del cuadro comunista...

-Ah, en Rusia es diferente!

-¿Diferente, Monseñor?

-Completamente. Pero dejemos el comunismo a un lado, y vayamos, por fin, al caso concreto de un comunista a quien usted ha ido a visitar en estos días...

-Ayer...

-No fue anteayer?

~~-Sí, por anteayer~~

-No, anteayer fui a visitar a un hombre que pidió mi ayuda una vez, y ayer visité a un comunista...

-Dígame, simplemente, por qué lo hizo.

<sup>hacerle</sup>  
-Déjeme ~~decirle~~ antes, Monseñor, y con todo respeto, una pregunta:

¿Usted considera que la autoridad en Rusia es legítima?

-No.

-Por qué?

-Porque está basada en la violencia, en el irrespeto del hombre, en el Anticristo...

-Y usted, si fuese ciudadano ruso, consideraría aquella autoridad legítima, y ~~ace~~ la aceptaría como tal?

-No.

-Entonces, monseñor, quiero contestar a usted la pregunta que me hizo acerca de la visita que hice a un comunista ayer.

-Sí, pero antes quiero aclararle algo: de ninguna forma acepto parentesco o pie de igualdad al régimen que impera en ~~Rusia~~ la Unión Soviética con el régimen cristiano que impera en nuestro país.

-Eso es cuestión de apreciación, Monseñor.

-No, pero se puede racionalizar esta apreciación.

-Cómo?

-Usted es el especialista en legitimidad, póngzme ~~las~~ las preguntas usted.

-Bueno. La autoridad soviética no es legítima, ¿por qué?

-Porque ~~se~~ fue impuesta en una guerra, y el pueblo soviético no ha tenido desde entonces ninguna alternativa de cambio.

-Muy bien, monseñor. La autoridad soviética es dictatorial, ¿por qué?

~~Porque~~ La autoridad soviética es dictatorial porque ha establecido, ~~una~~ simplemente, una dictadura de clase política, del partido comunista, que es una minoría, en nombre del pueblo.

-Muy bien, monseñor. Y el ciudadano soviético tiene derecho a rebelarse contra ese orden, ¿por qué?

-Por qué?... Es natural q ue ese pueblo aspire a la libertad...

-Conforme.

-Dígame ahora cuaées son ahora las contrapartidas del régimen que nosotros vivimos?

-No, si me las dio ya usted!

-No, pero las circunstancias aquí son diferentes; aquí existe libertad de culto que allá no hay...

-Monseñor, para qué necesita un hombre libertad de culto si no puede *aguantarse* *hace depende sus intereses* elegir la autoridad que quiere?

-Ah, eso no le parece a usted importante.

-Sí, me lo parece; y démoslo como bueno; y ¿cuál es el precio que está pagando la Iglesia ~~para~~ por esta protección?

-Yo no digo que estemos protegidoos.

-¡Yo sí, monseñor.

-Sí!

-Sí, Su Excelencia.

-¿Dígame, entonces, quién paga ese precio!

-Yo he pagado mi parte, con mi destierro; ~~usted, Su Excelencia está~~ mi rector lo está pagando con sus contactos con la autoridad, y Su Excelencia lo está pagando ahora mismo con su interferencia ante un caso de pura conciencia.

-Sabe usted lo que acaba de decir?

-Sí, Su Excelencia.

-Sabe usted que ~~ha puesto en tela de juicio~~ acaba de acusarme, y conmigo a la Iglesia, de confabulación con un régimen político.

-Sí, estoy consciente de eso.

-Y ¿sabe usted a lo que se expone?

-Sí, a otro destierro.

-Y no le importa?

-No.

-Por qué lo hace?

-Por deber de conciencia.

-De qué conciencia?

-De la mía, de mi conciencia sacerdotal.

-Se engaña, se está engañando a sabiendas!... Está está sirviendo a una pasión política.

-Dígame por qué?

-Usted está encubriendo a un comunista, a un criminal.

-No, monseñor.

-Usted no sabe que el General José Alvarez y el tal Oliveira, y el tal Pepeson una misma persona?

-No.

-Está seguro que no sabe eso?

~~-Seguro. Sí. Seguro.~~

-Lo podría jurar?

-Claro.

-En nombre de Dios.

-Sí, Su Excelencia.

-!Usted es un ingenuo!

-Cristo era un ingenuo.

-Ah, con que usted se compara con Cristo.

-Usted sabe que no, Su Excelencia.

-No estoy tan seguro, no lo estoy. Lo que sí veo que usted es un impertinente.

-Acepto el juicio.

-Y un... Pero nos hemos vuelto a alejar del motivo de su visita.

El padre Rosendo, su Párroco.... ¿es su párroco, no?...

-Sí, Su Excelencia.

-Es bueno que lo tenga siempre en cuenta... Pues el Rvdo. Padre Rosendo me comunicó, como era su deber...

-Ese cree usted que era el deber del padre Rosendo?

-Sin duda alguna.

-No sería ese el deber del Cabo de la Guardia del pueblo?

-Usted sabe bien que la Iglesia aquí, por benevolencia del Estado, tiene unas prerrogativas que la autoridad respeta.

-Sí.

-Lo sabe; entonces, ¿no le parece mejor que sea su superior en la jeraquía de la Iglesia Católica el que se ocupe de usted en lugar de dejarlo en manos de la autoridad civil o militar?

-Lo que más parece mal en este estado de cosas es que la autoridad religio-



se preste a jugar ~~con~~ el juego que le dicte la autoridad civil o la militar.

-Ested lo juzga todo al revés; todo correcto, pero al revés... Usted, me da la impresión, padre Ignaciom y perdone la imagen, usted me parece un hombre parado de cabeza, un hombre que está cabeza abajo...

PO puede ser que usted, ~~vivax~~ moneseñor, ~~vivax~~ crea que está viviendo en un mundo al revés.

-Me parece muy impertinente de su parte, pero le voy a dejar que disfrute de esa libertad que quiere tanto. Y le decía que ~~este~~ don Rosendo, que, ~~por otro lado~~ sin duda alguna, es una excelente persona, de criterio muy justo y muy ecuánime, me dijo que usted había ido a visitar a la cárcel a ese detenido por subversión ~~armada~~ armada! Sin meternos en política, ni en comunismo, qué explicación me da usted?

-Yo, Su Excelencia, quiero explicarle todo desde el comienzo, para que juzgue usted mismo ~~si~~....

-No, no me cuente toda esa historia desde el comienzo. La conozco, porque don Rosendo mismo, y con mucha caridad hacia usted, por cierto, me ha dado cuenta de todo: su ayuda al hombre acosado, sin más malicia de su parte, al hombre acosado, y sus implicaciones consiguientes... Bueno, eso lo acepto. Es ingenuidad, pero es bondad de corazón, que en un sacerdote es hasta indispensable. Pero ahora, después de que ya sabemos que ese hombre ha sido un fascineroso, un asesino, que ha sido detenido en una guerrilla, que ya estamos al <sup>6</sup> cargo de todo lo que hay que saber, ¿por qué se empeña usted en visitarlo en la cárcel y dar en público ese escándalo?

Monseñor,

-Yo me debo a la caridad, ~~padre~~ a pesar del escándalo. Y...

-No, no. Tengo ~~una~~ una reunión <sup>import</sup> importante ahora. Ya ve que le he dejado hablar y explicarse a sus anchas. Ya no hay tiempo para más. El caso lo conozco bien...

-Pero no todo...

-Creo que sí... No, no, no me interrumpa. Está bien. Todo lo que me ha dicho, todo, lo considero como algo que ha sido dicho sólo para mí, por sinceridad de espíritu sacerdotal. No tema. Y sólo una recomendación final: no regrese a esas visitas. Le va a hacer daño. Y nos puede hacer daño a todos. ¿Entendido?

-Bueno...

-No, padre Ignacio; ya hemos hablado bastante. ..

-Padre Ignacio?

-Sí.

-Es aquí, el Cabo de la Guardia.

-¿Alonso?

-Sí.

-Cómo está usted?

-Bien. Le estoy llamando para cumplir una orden.

-Dígame.

-Me acaban de comunicar de la ciudad que debe presentarse esta noche, a las ocho, a la cárcel general.

-Sí...

-Donde está ~~en~~ José Alvarez, usted sabe, "El Rajado"...

-¿Cómo?

-Sí, Pepe, o lo que fuese...

-Oliveira...

-Bueno... Tiene que ir allá porque lo ha pedido él; usted sabe que lo van a fusilar mañana por la mañana.

-¿Mañana?...

-Sí. A las cuatro y media.

-¡Es imposible!

-Es muy posible, porque es cierto, padre Ignacio. ¿Podrá ir?

-Esta noche?

-Sí, a las ocho.

-Bueno.

-Gracias, padre Ignacio.

-Bueno... ¡Jesusa, Jesusa!...

-Aquí estoy padre...

-¡Que van a fusilar a Oliveira!... ¡Que lo van a fusilar!

-¿Qué Oliveira?

-El portugués, mujer, el portugués!

-El que vino aquí a comer aquel día?...

-Sí, sí!... ¡Dios mío, qué es esto!... ¿Qué hora es?...

-Son las tres y media... Jesús, María y José... ¿Y lo van a matar?

-No oyes que sí, que lo van a fusilar mañana temprano!...

-¿Y qué va a hacer?

-Tengo que ir a verlo esta noche...

-¿Usted?

-Sí, mujer... ~~¿temprano?...~~

~~¿A las seis?...~~

-Entonces le pongo la cena temprano....

~~¿A las seis?...~~

-¿Qué cena, mujer?!...

-No, es que si va para las ocho...

-¿!Cómo puedes pensar en comer, mujer?!...

-Es don Rosendo? Es Usted?...

-Sí; padre Ignacio, ¿qué pasa?

-Acaba de llamarme el Cabo Alonso...

-Sí, ya sé... Que a ese hombre lo van a fusilar...

-¿Lo sabía!

-Sí, me lo dijo el Cabo esta mañana.

-Y no me dijo nada!

-No sé, no se me ocurrió llamarle...

-¿No se le ~~ocurrió~~ ocurrió?

-No.

-Y nos hemos visto esta mañana, en la iglesia...

-No, eso ha sido después.

-Y no se le ocurrió...

-No, no. Pero ahora que me lo dice, pienso que debía haberle llamado.

-Sí, me hubiese gustado saber...

-Pero usted sabía que eso era grave, ¿no?

-¿Grave?... Pues no, pues...! Si ese hombre no es lo que dicen, si

ese pobre hombre!...

-NO, padre Ignacio, usted está engañado con eso, eso no es verdad...

-¿Qué no es verdad?

-No.

-Ese hombre lo engañó...

-¡No puede ser!>.

→Usted sabe que tengo que ir esta noche, que ha pedido que me manden llamar?...

-No, eso no lo sabía.

-Acaba de comunicármelo el Cabo Alonso.

-Ah, sí?...>

-Sí. Y voy a ir...

-Claro.

-Bueno.

-Buenas noches, padre Ignacio; que tenga suerte con él...

-¿Suerte?

-Acaso se quiera confesar...

-Sí, quién sabe...

-Es posible; esa gente, por muy ruda que sea, cuando se ven en vísperas de llegar a la presencia de Dios...

-Sí, claro. ¡Pero eso no puede ser!

-Hay muchas cosas que parecen imposibles, y son, padre Ignacio, y ¡son!

-No llego a comprender.

-Comprenderá, comprenderá...

-Bueno, le dejo...

-Padre Ignacio?

-Dígame, don Rosendo.

-Se acuerda de aquellas tres velas que trajo el miércoles doña Antonia, la de Errotazar?

-No, no me acuerdo...

-¿No se acuerda que usted estaba quitando el polvo al San Antonio, el que está... usted sabe, el San Antonio...

-Sí.

-Usted estaba en esto, y llegó ella y yo le dije: "déjelos ahí, que los recojo luego"...

-Pues no sé, no me acuerdo...

-Entonces no sabe?

-No, no... no me acuerdo de nada.

-Está bien, yo los busqué en la sacristía. Adios, padre Ignacio, que descanse... ¡que tenga buen viaje!...

-Bueno...

-Xalbador?

-Sí está; está arriba; suba, padre Ignaacio...

-?Cómo aquí, padre?... ?Pasa algo?

-Sí.

-?!Qué pasa!?

-A Oliveira, que lo van a fusilar.

-Fusilar!?

-Mañana en la mañana.

-?Quién se lo ha dicho?

-Me llamó el Cabo Alonso...

-Tan pronto!

-?Cómo que tan pronto?

-Bueno; si no ha habido tiempo ~~de juicio~~...

-Siempre hay tiempo para matar...

-Lo iban a juzgar ayer...

-Lo sabías?

-Sí.



-No me dijistes nada...

-¿Qué iba a hacer usted?... Para qué iba a amargarle?

-¿Ha tenido juicio?

-Sí, sumarísimo.

-Sumarísimo?...

-Sí, eso es así.

-No lo puedo creer. ¿Qué justicia es esa?

-Una justicia como otra. Justicia. Son las reglas del juego, padre Ignacio... A veces pienso que usted está fuera de este mundo...

-¡Qué mundo, qué mundo!...!Ese hombre es inocente!

-El inocente es usted, padre, usted...

-Yo?

-Claro.

-Tú lo vistes como yo, lo oistes como yo, lo viste asustado, como yo...

-Sí.

-Antes de ayudarle, tú lo viste...

-Sí.

-Esa es la justicia que se merece ese hombre?

-No sé...

-Tú lo sabes!... Te pareció culpable ese hombre?

-No sé...

-Y ¿por qué esa indiferencia ahora, que te dicen que lo van a matar?

-No sé. Es que nos ha podido engañar...

-Engañar?... Tú crees?...

-Puede ser.

-Puede ser, pero puede no ser. Eso, esa duda, no te dice nada, no te alarma?

-Pues sí, pero...

-No, no lo parece.

-Pues sí,... Pero ¿qué voy a hacer yo, qué podemos hacer?

-Yo voy ~~mañana~~ a verlo esta ~~noche~~ noche.

-¿Usted?

-Sí. Lo ha pedido él mismo.

-¿Quién, Oliveira?

-Sí.

-Y usted va a ir?

-¿Cómo no voy a ir, hijo, cómo no voy a ir?...  
le

-Y si a última hora se ~~nos~~ ocurre complicarnos la vida?

-¿Complicarnos la vida?

-Sí.

-~~Como?~~ ¿Dices que nos puede delatar ahora?..)

-Para qué?

-No sé; una ocurrencia...

-Un hombre que ha ocultado toda nuestra participación, ¿se va a dejar tentar ahora, cuando lo van a matar?

-Podría ser.

-¿Y qué?

-¿!Qué?!... Nos podría complicar todo, después de que se me estaba olvidando todo ese negocio...

-!Un negocio, eh!

-Bueno, es un decir. ¿Usted se va, entonces?

-A qué hora regresa?

-No sé.

-¿A qué hora tiene que estar allá?

~~¿A las ocho.~~

-Y ¿cuándo regresa?

-No sé, hijo... ¿Me gustaría quedarme allá, hasta última hora...

-A qué?

-No sé, por acompañarlo.

-Sí...

-No te parece bien?

-Sí, por qué no... Pero no lo van a dejar.

-No?

-No.

-Por qué?

-El reglamento, no sé... eso es muy estricto.

-Bueno, me voy...

-Si regresa ~~xxx~~ temprano, ¿pasa por aquí?

-A qué llamas temprano?

-No sé ~~xxx a las diez~~... a las diez. Me gustaría saber si no hay nada contra nosotros.

~~No sé, no sé~~

-No sé a qué hora llegaré...

~~¿Pero si~~

-Pero si llega temprano...

~~Dime~~

-No sé, no sé...

~~Antes de que se vaya quiero decirle que~~

-Buenas noches, Oliveira.

-Buenas noches, padre Ignacio; ¿vino, eh?...

-¿Por qué no iba a venir?

-No sé... No tenía por qué, tampoco.

-¿No?

-No, podía haberse quedado tranquilamente en su casa, sin molestarse en venir hasta aquí...

-¿Cómo puedes decirme eso?

-Pues ~~tenía~~ le digo eso porque me sale; ¿usted sabe que esta es la última noche?

-Sí...

-Cree usted que estoy asustado...

-¿Y no lo estás?

-Sí... Recuerde que le tengo que decir todo.

-¿Me puedo sentar?

-¡Claro!... ahí, si quiere, encima del catre...

-¿Y tú?

-No, no tengo ganas de sentarme; estoy siempre sentado; estoy harto de estar sentado...

-¿Cómo te ha ido la herida?

-¿La del hombro?

-Sí, ~~la que me recibiste en~~

-Bien, muy bien...

-Todavía estás vendado...

-Sí; hasta mañana... Después no me va a hacer falta ninguna cura, ni ninguna venda, nada... Pero no lo he llamado, padre Ignacio, para contarle mis angustias.

-¿No?

-No.

-¿Te puedo servir en algo?

-Sí. Hará lo que yo le pida?

-Claro.

-¿Todo?

-Todo lo que yo pueda hacer por tí; puedes estar seguro.

-Lo estoy. Por eso lo he llamado.

-Te agradezco esa confianza.

-¿De veras?... ¿Me lo agradece, o le pesa esto como una carga?

-No, no... No me pesa nada.

-Sufre viéndome así?...

-Sí.

-Y no le importa sufrir por mí?

-No.

-Claro...

-¿Está usted seguro?

-Sí.

-No cree usted que lo han podido engañar, como lo he engañado yo?

-Es diferente.

-¿Qué es diferente, padre Ignacio?

-Todo...

-¿Todo?... Usted cree en lo que le dicen.

-¿En todo?... No.

-¿No?... En qué no cree, por ejemplo?

-En tu maldad.

-No cree en mi maldad?

-No.

-¿Usted no me condenaría a muerte, padre Ignacio?

-¡No!

-Y no sabe lo que he hecho; no sabe quién soy; y usted me dejaría vivo, para seguir haciendo las mismas cosas que he hecho... ¿No ve usted que me estoy confesando, que me estoy declarando asesino, violador de monjas.... ¡que maté a mi propio hermano!?!..?!Y usted no me cree malo aún?!..

-No, hijo, no...

-¿Por qué?

-Será porque creo en Dios.

-¿De veras que Dios perdona tanto?

-Claro.

-De veras?

-Puesto que te lo digo yo...

-¿Por qué?

-Porque no; no sé decirlo de otra manera.

-Usted cree en Dios.

-Claro.

-¿Usted cree que todos los curas creen en Dios?

-Creo que sí.

¿Cree... ¿No está seguro?

-No se está seguro de nada...

-De Dios sí está usted seguro.

-Sí.

-No tiene ninguna duda.

-No.

-Y en mí, ¿está usted seguro?

-¿En tí?... ¿En tu sinceridad, en todo lo tuyo?...

-Sí.

-Pues sí, estoy seguro...

-¿Ve, padre Ignacio, cómo se equivoca?

-¿En qué?

-En eso, en eso de tener ~~x~~ fé en Dios, en la gente, en mí...

-Tú me has engañado a mí?

-Sí.

-Cuándo?

-Cuando usted confió en mí.

-¿De veras?

-Claro... Le estoy diciendo la verdad; me queda muy poco tiempo para decirle la verdad...

-¡Dios mío!...

-¡Y aún sigue creyendo en Dios?

-¿Usted puede hablar en nombre de Dios?

-Claro.

-Entonces, hablarle a usted es como hablara Dios?

-Sí, en cierto modo.

-¿Por qué?

-Dios nos ha concedido a los sacerdotes ese poder?

-¿Tiene ese poder, ¡y le he engañado yo?!

-¿De veras que me has engañado tú?

-¡Claro!... ¿No se da cuenta todavía, padre Ignacio, que yo me serví de usted?... ¿No se ha dado cuenta de eso?

-No.

-¿De veras?

-Claro. Y aún sigon/confiando en tí.

-¿Por qué?

-No sé. Es un instinto...

-No lo comprendo.

-Si tienen todas las pruebas!

-¿Quién?

-La guardia, la policía, todo el mundo.

-No sabía nda.

-No?

-No.

-HOy, esta noche, le tengo que decir todo.

-¿Quieres que te confiese?

-¡No, no, no!...!A mí trucos de esos no!

-¿Qué truco?

-¡No, no!... Yo no pido nada de eso. Yo no creo en nada..., en nada de eso. Yo lo que quiero es pedirle perdón por el daño que le hice al engañarle como le engañé...



-Hombre, por algo se empieza...

-Empezar, a qué?... !No, que no quiero nada de eso, que yo no creo en los curas, que no creo en Dios, que no necesito nada de eso!...

-¿Estás seguro?

-Claro... ¿No se enfada por eso, padre Ignacio?

-No.

-¿De veras?

-NO.

-¿Me deja sentarme a su lado?

-Hombre, claro... Es tu cama...

-¿Mi cama?

-Tu catre.

-Ni siquiera este catre es mío. Yo no tengo nada.

-¿Nada?

-Nada. Bueno, tengo un hijo...

-!Un hijo!

-Sí. Le extraña que tenga un hijo?

-No. Pero ya tienes algo, !un hijo!

-Y lo quiero.

-Claro...

-Pero aún no le he dicho quién soy... Soy José Álvarez; me llamaban "El rajao", por lo del valor, ¿sabe?

-¿No eres portugués?

-!Cómo voy a ser portugués, don Ignacio!

-No sé, es que viniste a donde mí con aquel miedo, con aquella humildad,.. !Y vi a tus compañeros!

-Mis compañeros sí eran portugueses...

-Bueno, al menos algo era verdad.

-No me haga reír, padre Ignacio.

-¿Y por qué viniste a donde mí?

-No me lo va a creer.

-¿Por qué no?

-Bueno, usted sabe que hoy, todo lo de hoy, es de creer, ¿entiende?

-Sí, hombre.

-Yo entré de Francia a organizar unas... cosas. Esto sí no se lo puedo decir; por lealtad a mi gente. ¿Entiende?... Bueno, vine a eso, y a visitar a un hijo mío que tengo aquí, quiero decir en mi país... Tengo otros hijos más, debe haber más de uno; conozco por lo menos otro que también nació de mí; pero este hijo que vine a ver es un hijo muy especial...

-¿Sí?

-Sí. Nació de una ~~monja~~ monja.

-¿Una monja?

-Sí, y sígame creyendo, que todo esto que le estoy contando es verdad.

-¿Es verdad?

-Claro. ¿Le interesa saber ~~cómo~~ qué pasó?... Esto era cuando la guerra. Esa guerra ~~no~~ la declaré yo, ¿sabe? Yo no era más que un zapatero en mi pueblo; ¿oye usted, padre Ignacio?... ¡un zapatero!... ¿Me sigue la historia?

-Claro, hombre...

-Pero está asustado...

-Pues sí...

-Maldito lo que sabía yo de política, padre Ignacio, ¡nada!... ¿Usted sabe lo que es eso?... ¡Nada! Yo no era nada; lo que yo era... un zapatero todo sucio, pobre, con un hermano tísico, *que se murió después, durante la guerra* y una madre vieja y buena, que esta sí iba a la iglesia, y se confesaba y todo...

-Tú no ibas a misa...

-¡No!... ¿A qué?... Eso no, a misa no! No por nada, pero no iba por eso, por nada, por no ir. Tampoco hacía nada contra la iglesia, eso no; tampoco. Sólo que ya tenía yo bastante con la vida que tenía, que trabajaba sábados y las mañanas de los domingos para mantener a mi hermano enfermo, a mi madre que estaba vieja, y a mi hermana, *que era más vieja que yo, no faltaba en la casa, todo el día.* ¿Entiende?... Y, además, mi madre, la pobre, rezaba por todos nosotros; no crea que es broma, ¡por todos!... Se la pasaba en eso, reza y reza, todos los días... ¿Me lo creen padre Ignacio?

-Claro, hombre, ¿por qué no voy a creerte?

-No sé, como le he mentado tanto, acaso no me cree nada de lo que estoy diciendo; pero esta es mi última noche, y le tengo que contar todo, ¡todo!... ¿En qué iba yo?...

-En que eras zapatero y...

-¡Ah!... ¡Y la monja!... Pues había una monjita que venía a la zapatería... no ésa, no la joven, eh, sino una monjita que venía siempre que había zapatos de monjas que reparar. Era una monjita vieja, muy buena, que siempre me preguntaba por mi hermano..., bueno, una monja buena. Pero había otra jovencita, muy bonita, que venía de vez en cuando con la hermana Rosa, la viejita. La monjita joven se llamaba Ana, Sor Ana. Así le llamaba yo: Sor Ana. Bueno, padre, me va a perdonar, pero esta monjita me gustaba a mí... ¡bueno!... ¡muchísimo!... Y no crea, yo la quería de verdad... No sólo por eso, por tenerla un rato con ella, no sólo por

por acostarme con ella, eh, sino de verdad, que le tomé cariño de verdad... ¿Me cree esto, padre Ignacio?

-Pues sí...

-Pero está así, como dudando...

-No, estoy asustado, eso es todo; pero te creo, te creo...

-Pues siga cryendo, que esto es verdad; y esto no me lo ha oido todavía nadie que no sea usted; ¿entendido?

-Sí, claro.

-Pues esta monjita, Sor Ana, que era una mujer muy bonita y muy dulce, venía de vez en cuando con la monjita vieja esa, Sor Rosa; y yo no le decía a ella nunca nada, ¿cómo le iba a decir, verdad?... N<sup>o</sup> le decía nada; pero le miraba; y soñaba mucho con ella, eso sí; yo era muy joven entonces...

-¿Qué edad tenías entonces?

-Dieciséis años... ¡Ya ve, un muchacho!... Y ella era joven también; pero ya tenía como <sup>trece o cuatro</sup> ~~diez~~ años más que yo; total, que yo le miraba y le miraba, y hasta un día le agarré la mano un poco, así, un poquito, y le retuve un segundo; <sup>que me pasó un diviso</sup> nada más; pero creo que ella me comprendió; era muy lista la monjita, muy lista; y dulce. Bueno, pero así estaba eso; yo soñando, y ella que no volvió más por la zapatería...

-¿No volvió?

-No. N<sup>o</sup> volvió. N<sup>o</sup> sé si la viejita se dio cuenta de algo; no sé; la cosa es que no volvió. ¿Y sabe usted lo que hacía yo, don Ignacio?...

-No.

-Pues me iba los domingos en la tarde cerca del colegio de ellas, porque esas monjas tenían un colegio, y me quedaba allá, a ver si veía a la monjita en cualquiera de aquellas ventanas que había en el colegio, que eran grandísimo. Bueno, yo no le puedo contar todas las cosas

inventar para ver a esa monjita otra vez; hasta una vez subí encima de la tapia, que era altísima y estaba llena de ~~botellas~~ cascos de botellas rotas; ¡me corté casi ~~xxxx~~ entero un dedo!...

-No vio a la monjita.

-No, no había nadie... ¡Nadie!... Pero fue pasando el tiempo, y yo sin olvidar a la monjita, a Sor Ana, y en esto... estalla la guerra; que no la estallé yo, ¿entiende?

-Claro, hombre.

-No, es que a veces algunos creen que uno reventó aquello como si fuese una piñata, ¿entiende?...

-Claro, hijo...

-Bueno, estalló la guerra. El primer día pidieron voluntarios. Yo tenía diez y siete años. Si no voy, me llevan; ¿entiende?. Me fui al ayuntamiento, y me dieron una pistola. Fusil no, que no había. Una pistola vieja. No valía nada. Y me mandan a cuidar aquel convento, aquel colegio, ¿qué le parece?... ¿Se da cuenta?... Pues que allá voy a cuidar el colegio ese; y bueno, qué cuidar... que allá se mete todo el mundo y empieza la requisa... Todas las monjitas asustadas, gritando!... Bueno, aquello era horrible; digo horrible, sí, no me ponga esa cara; porque a mí me dolió que hiciesen aquello; pero, ¿qué iba a hacer yo, eh?... Bueno, total, que empezaron a decir que si habían encontrado algunas armas en un sótano del colegio, que si aquellas monjas estaban contra el gobierno, ¿usted sabe, las cosas que se dicen en la guerra?... Yo, la verdad, no encontré ningún arma allá. Pero los compañeros me ensañaron unos fusiles llenos de gradas, y municiones, y... ¡bueno!... ¡Un arsenal!

-Las viste tú?

-Claro. Digo que no las descubrí yo; después he pensado muchas veces que podían haberlas puesto ~~me~~ algún jefe; yo no sé! ~~xxxxx~~ La cosa

es que no se hablaba más que de eso en el pueblo... Pero ya me fui lejos otra vez. La cosa era que ~~estábamos~~ los compañeros se fueron por todo el colegio, por los cuartos, a buscarse sus monjas, y a robar... ¡allá robaron de todo, de todo!... Y yo, ¿qué cree usted que hice, padre?... ¿Se imagina, no?... Pues sí; corrí de un cuarto a otro, hasta que encontré a Sor Ana... ¡debajo de una cama!... ¿Se da cuenta? Esos locos se metieron con esas monjas viejas, con todas; ¡hasta Sor Rosa creo que probó de todo ese día!... ¡Y tendría más de 70 años!... ¿Se da cuenta? ¡Estoy horrorizado!

-Ya sé, ya sé... Pero yo no lo hice, la verdad. ¿Por qué le iba a mentir ahora, que va a terminar todo en unas horas? ¿Me entiende?... Nada, yo no le escondo nada a usted... Bueno, me encuentro, pues, con Sor Ana, que está escondida debajo de aquella cama, y la saco, y... ¿sabe usted lo que hace aquella monjita, padre Ignacio?

-No...

-¡Me abraza!... Me abraza y no me suelta; ¡que nome suelta! S.. Yo le decía... Mire, Sor Ana, escóndase debajo de esa cama, que yo la guardo aquí, pero que no me la vean, ¡métase debajo de la cama!... Y ella agarrada a mí, como un niño a su madre, y llorando, la pobre no hacía más que llorar... Por fin, conseguí que se metiese debajo de la cama otra vez, y yo cerré la puerta, y ~~no me fui de aquel~~ guardé la llave, y no me fui de aquel pasillo hasta que sacaron todas las monjas y vaciaron el convento ~~aquel~~... ¿Me entiende?... Después, yo bajé, y estuve toda la tarde delante del convento, haciendo guardia... ¡Qué guardia!... Nada, estar allá, fumando fino, ¡de lo mejor!... Mire, Padre Ignacio, teníamos de todo, ~~de todo~~... ¿Comida?... ¡sobrante!... ¡comida sobrante! Me llevé a casa un jamón, me lleve mebrillo, me llevé pan bastante, me llevé huevos, casi un cajón lleno de huevos... Total que mi pobre *hermano*

se hartó ese día; y mi hermana protestaba, que dá dónde venía aquello, usted sabe, pero comía, comía; mi pobre madre sí no probó bocado; no hacía, la pobre, más que llorar. De eso murió un poco más tarde, de todo ese susto, de todo ese desorden... Bueno, ya le digo que yo, comiendo bien, fumando fino, y esperando a la noche. Y llegó la noche. Yo hice que me iba a orinar <sup>al water, que estaba</sup> dentro del colegio, y me subí. Despacito. No había nadie. Y estaba todo cabeza abajo. Las camas en los pasillos, las ropas de las monjas, rotas, todo regado por ahí... Usted sabe, todo eso que resulta de un barullo como aquel. Y, así, llego al cuarto donde estaba Sor Ana; y todo la puerta; despacito, así: tac-tac... Y nada, ella nada. Y yo que meto la llave, y que abro la puerta. Y allá nada, no había nadie. Y, bueno, miro debajo de la cama, y ¡allá estaba ella, toda acurrucada ~~en~~ contra la pared!... Y la llamé: ¡Sor Ana!... Y comienza a salir. Y yo le ayudo... Todavía tenía yo la puerta abierta, y ella se asustó, y quiso regresar debajo de la cama. Yo la agarro, así, de la mano, y llego así, con ~~la mano~~ su mano agarrada fuerte en mi mano, llego a la puerta, y la cierro, y le doy vuelta a la llave por dentro. Y Sor Ana que se abraza a mí, temblando; ¿sabe, padre?... ¡temblando!... Tenía frío, la pobre... Le dije que se metiese en la cama, que necesitaba descansar, que yo la cuidaba, que no había nada que temer, que traía comida... No le he dicho que le traje medio pollo y pan, bastante, y una manzana. Eso es lo que pude cojer abajo, de las sobras, ¿sabe?... Y ella no quería, pero yo le hice comer. ¡Y comió!... Ya no tenía la toca esa de la cabeza, se le quedó enredada debajo de la cama; tenía el pelo cortísimo, casi sin pelo; pero estaba bonita, era muy bonita; y comió; Los dos sentados encima de la cama. Y cuando terminó de comer, bueno, sobró algo, pero cuando comió lo que tenía que

comer, le dije que tenía que metirse en la cama; e lla no quería y no quería; yo que sí; yo me di vuelta, para que se desnudade... ¿Quiere que le diga la verdad, padre Ignacio?...

-Sí...

-Pues me volví hacia la puerta, y esperé un rato, tenía unas ganas enormes de agarrarla y besarla y comérmela..., le dije a usted que iba a decirlo todo, ¿no?

-Sí...

-Bueno, esperé así un rato; dispuesto a no hacer nada; porque la quería, yo a esa monjita la quería de verdad; y entonces me voltee, y veo que estaba como antes, asustada, mirándome; me di cuenta, el pudor de una monja, ¿comprende?, y la metí en la cama, así, con ropa y todo; con ropa y todo; y me senté encima de la cama, y le acaricié un poco la cara, que era finísima, pero finísima!, como no hay nada de más fino en el mundo, y le besé en un ojo, y luego en el otro, y ella se tranquilizó, ¡se tranquilizó, padre Ignacio, de verdad!... Bueno, total, que estuvimos así como una hora; más o menos una hora; estaba ya todo oscuro, no había casi luz en el cuarto, la que entraba por la ventana, una ventana grande que tenía el cuarto. Y estaba así, loco de contento, ¿sabe?; ¡loco, loco, por poder tener aquella mujer cerca de mí y poder acariciarla y poder besarle en los ojos! ¡Bueno, era el hombre más feliz del mundo! Bendije la guerra, ¡todo!... Bueno, y así estuvimos como una hora, y me entró sueño. La verdad, padre Ignacio, me entró sueño. Y me quité las botas, y las tiré donde cayeran, y me metí despacito en la cama, con ella... ¡Pero nada, los dos vestidos!... Entiende, padre: los dos vestidos. ¡Y quiere creerme, padre Ignacio, que me dormí!... ¿No me lo cree?... ¡Me dormí!... ¡Como un bobo!... Y cuando me desperté estaba todo oscuro todavía; serían, no sé, las dos o las tres de la mañana,



no sé la hora. Y me encuentro con la monjita dormida, ¡dormida!, en mis brazos, y sonriéndome. Y yo, la verdad, no pude hacer otra cosa, ¿sabe, padre?, que me le puse la boca en aquella boca sonriente, medio abierta, y le busqué la lengua con mi lengua, y le llené aquella boca con lo mío, y otras veces me <sup>le</sup> cogía todo para mí, para mi boca, que era una lengua pequeña y entera, dura, como un caramelo de esos, de niño, dulce; ~~como~~ y esa mujer, Sor Ana, se <sup>me</sup> pegó a mí, y me abrazó...

-Bueno, bueno, ¿por qué me va a contar todo eso a mí?...

-Padre, ¿no me dijo ustés que iba a escucharme hasta el final, que es mi última noche?... ¿No me dijo de verdad eso?

-Sí...

¡Pues entonces, escúcheme, que este es el único consuelo que me queda, y que es importante que usted comprenda para lo que va a venir después;... Bueno, pues, total, que esa mujer se me pegó al cuerpo y yo la busqué, y ella me dio, todo. ¡Nunca he podido gozar más!... ¡Y ella!... La mujercita que se despertó en ella me dejó hacer todo, la desnudé, toda, todita, y yo también, y ¡bueno!, duramos así hasta la mañana; ¡hasta que entró el sol!... Cuando entró el sol por la ventana, me puse a pensar qué iba a hacer yo con aquella mujer.... ¡Qué podía hacer con ella!... Le dije que se vistiese; y ella se vistió; estaba un poco apenada de todo aquello, pero me miraba con dulzura, como con amor. Tuvo que poner sus ropas de monja otra vez, ¡no había otras!. Y le dije que se escondiese debajo de la cama, otra vez; y abrí la puerta, y no había nadie; la cerré por fuera, bien cerrado, y bajé. Había dos hombres dormidos ~~dentro~~ cerca de la puerta de entrada, por dentro. Yo salí. Fui a mi casa, recogí unas ropas de mi hermana, y volví. Subí al cuarto. Le hice vestirse con las ropas y bajamos; Los dos ~~guardias~~ tipos aquellos seguían dormidos; había gente en la calle, pero nadie se fijaba en nadie; ¡era un desorden!... Y la llevé a casa. Presenté a mi hermano enfermo, y a mi madre, que la

reconoció, y a mi hermana. Les dije que cuidasen de ella. Y salí.

Aquella misma tarde nos llevaron en un camión al frente. ¿Quiere creeme, padre Ignacio, que no la volví a ver más?...

-En toda la guerra...

-No la vi más en toda la guerra. MI pue-blo cayó, y yo seguí por esos montes, y esos frentes...

-¿Es verdad que ~~xxxx~~ fue general?

-¡No!... Me hicieron Coronel; a eso llegué, a Coronel. Después, después de terminada la guerra, estuve en una misión, resctando unos guerrilleros, y ahí me llamaban General

-¿Usted dirá que soy un bandido?...

-No sé...

-Y le estoy diciendo a usted todas estas cosas, porque no se lo he dicho esto a nadie; y mañana... no se lo podré contar a ndie más tampoco; ¿me entiende?

-Sí... ¿Puedo hacerle una pregunta?

-Claro...

-¿Por qué tuviste necesidad de venir a mí cuando ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ engañaron a ustedes esos dos hombres?

-Esto no necesita una explicación, n\_ecesita más de una...

-¿No ha terminado, padre?

-No, no... ¿Tengo el tiempo medido?...

-No sé, tendría que preguntar eso al oficial.

-A mí me dijeron que podría estar el padre aquí hasta que llegue la hora, que esta es mi última voluntad...

-El oficial me dijo que preguntase al padre si quiere salir; voy a preguntarle ahora si hay un tiempo limitado para esta visita...

-Hágalo, <sup>Soldado,</sup> por favor...

-No me dejan en paz ni en la última noche de mi vida?...

-No creo que haya problemas, siga contándome, siga...

-Primero, padre, que es verdad que yo soy portugués...

-¿Portugués?...

-Quiero decir que nací en Portugal. Mi padre había ido allá a trabajar de cantero. Ese fue su primer oficio. Yo y mis hermanos nacimos todos allá. Cuando ~~mi padre se fue~~ a mi padre le tuvieron que <sup>cortar</sup> ~~amputar~~ una pierna, porque se la reventó un barreno, regresamos al pueblo de mi madre. Yo llegué hablando portugués, nada más. Mis hermanos lo mismo.

Mi padre tuvo que ponerse a trabajar de zapatero, ~~que era su oficio que había practicado con sus tíos suyos~~ de lo que fuese. Bueno, y allá entré yo en ese oficio, y ahí me quedé cuando murió mi padre. De eso mismo, de ser portugués, me serví después muchas veces, cuando entraba y salía por la frontera. De donde venía yo ahora era de Portugal.

-De Portugal?

-Sí. No, si todo lo que le dije a usted no era mentira!... Si yo en mi vida he dicho muy pocas mentiras. Me pueden decir que no he dicho nunca, o he dicho muy pocas veces, toda la verdad; pero mentiras o mentiras no recuerdo haber dicho muchas en mi vida...

-Cuando te agarraron ahora, tampoco?

-Tampoco. Dejé de decir algunas cosas, como la suya, la de su ayuda, por ejemplo, pero nada más...

-Bueno, y por qué tuviste que venir a pedirme esa ayuda...

-También ~~le~~ va a llegarle turno a eso, padre Ignacio; esta noche es..

-Padre, ~~padre~~ *padre*

-Sí...

-Me dice el oficial que puede continuar hasta las cuatro, a las cuatro tiene que salir..

~~-Bueno...~~

-¿Quiere venir un momentico, por favor?

-Claro... Dígame.

-Me dice el oficial que puede estar hasta las cuatro; a las cuatro tiene que salir.

-Yo le podría acompañar hasta el último momento?

-El me ha dicho que hasta las cuatro.

-¿Qué hora es?

-Las diez y media.

-Bueno, gracias.

-¿Qué le ha dicho el guardia, padre?

-Que puedo seguir aquí contigo, que puedo...

-Me alegro, me hace usted mucha compañía; y luego quiero pedirle un favor... ¿Usted me lo va a hacer?

-Claro, hombre.

-Bueno; le estaba diciendo es que... ah, sí, a ver cómo llegué hasta usted... Sí, bueno, primero ~~que~~ tengo que decirle que si caigo en manos de los comunistas no le cuento estas historias...

-Cómo?

-Como se lo estoy diciendo. Yo no pertenecía a ningún partido, se lo dije antes. Después, en el ejército, cuando la guerra, me metí en el Partido, porque eso era lo mejor, y porque así podía mandar; y estuve mandando, y luego, cuando terminó la guerra, fui a Rusia, y ~~así~~ allí vi lo que es eso, el comunismo...

-Pero usted no es comunista?

-¡No, hombre!... ¡Yo salí de eso hace años, en cuanto vi la mentira que era eso! Aquí mandan estos, allá mandan ellos; total, lo mismo, la misma manera de mandar.

-Me lo cree?